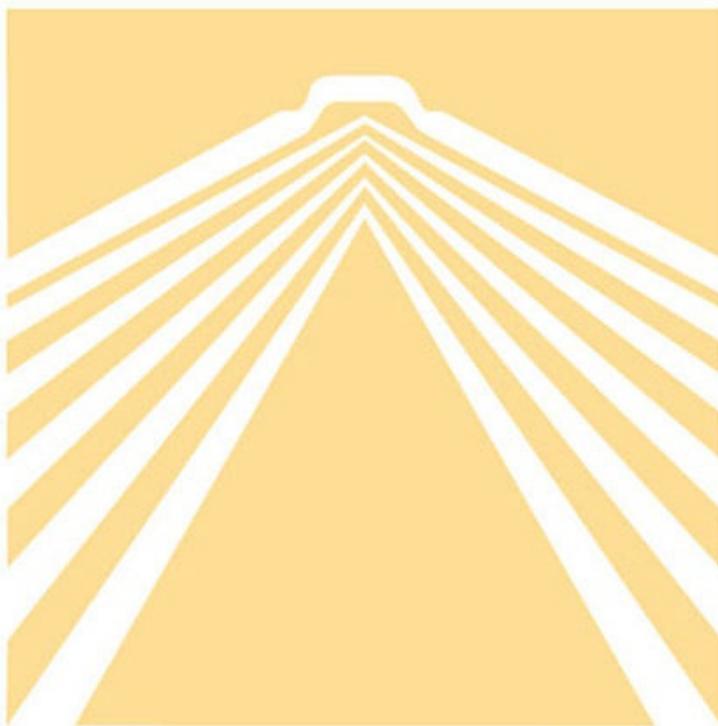


Juan M. Fernández Millán
Pilar Serrano Peña

Estimado hijo: lo he hecho lo mejor que he sabido

Cartas para mi hijo adolescente



PIRÁMIDE

Juan M. Fernández Millán
Pilar Serrano Peña

Estimado hijo: lo he hecho lo mejor que he sabido

Cartas para mi hijo adolescente

EDICIONES PIRÁMIDE

Índice

Agradecimientos

Prólogo: La vida misma

Introducción

Parte primera. Intentando comunicarse con nuestros hijos

- Para empezar
- ¿De qué me hablas?
- Sobre las drogas
- El ejemplo más cercano
- Confianza
- Creer es voluntario; respetar, una obligación
- Esperando la selectividad
- Mañana... qué será de ti
- Sobre las drogas II
- Caerse y levantarse
- Engaños
- El abandono del nido
- Generaciones, el paso del tiempo
- Carta a la hija adolescente que nunca he tenido
- Carta a mis hijos
- Amor-exia
- Érase una vez...
- Preguntas de niños
- Poema
- Yo también aprendí
- Viaje al futuro
- Ausencia

Parte segunda. Ellos también escriben

- Carta I
- Carta II
- Carta III
- Papá, mamá... no lo entendéis... quiero vivir la vida
- Poema: A mi padre

Ahora lo entiendo...

Después de la tormenta...

Cartas de dos alumnas del IES Ben-Al-Jatib

Despedida

Una reflexión a modo de cuento

Para terminar

Créditos

Notas

*Y tú permanecerás después de mí, hijo mío,
y guardarás mi recuerdo.
Y leerás mis libros.*

AMIN MAAL

Agradecimientos

En todos los libros se ha de agradecer la ayuda recibida. En éste es más necesario aún, no porque las ayudas recibidas han sido muchas, sino porque estas «ayudas» han sido parte de los mismos colaboradores, de sus vidas familiares, de su relación como padres con sus hijos.

Gracias, por tanto, a Carmelo, Bibinha, Pedro, Ángel, Víctor, Andrés, Severiano, Wenceslao, José Luis, Rodolfo, Toñi, Isabel, Paco... y a los hijos Marina, Miguel, Manolo, Pedrito, Ángel junior, Esperanza, Ainhoa...

Todos ellos comprenderán que el mayor agradecimiento sea a Pili, mi mujer, la madre de mi hijo, la mejor maestra.

Prólogo

La vida misma

De padres a hijos. Los mejores deseos, las mayores esperanzas, las dudas, los errores, los desencuentros, las desilusiones. La vida.

De hijos a padres. Expectantes, alumnos gozosos, invitados, que miran a otro lado, que vuelven a abrazar a quien no sólo les dio la vida, sino a quienes darían la vida por ellos.

Éste es un libro directo, claro, sincero, aprovechable, sencillo que no simple, ameno y estructurado. Un texto para ser leído por hijos y padres, para ser de nuevo conscientes de lo que les pasa a los que nos rodean.

Uno de los autores es un buen amigo, reconocido profesional, implicado ciudadano, un tipo majo, buena gente, que sabe querer y deja que se le quiera. Un optimista implicado, un psicólogo positivo y siempre consciente de qué somos los humanos, de nuestras limitaciones e inabarcables expectativas. El segundo autor es su mujer, como no podía ser de otra forma, pues este libro se comparte, como se comparte la preocupación por un hijo. Él ha pintado con brocha gorda, ella ha pincelado los detalles.

El género epistolar que aquí se utiliza permite leer el esfuerzo por ser razonable, por ser sincero, por ponerse en el lugar del otro, por explicarse, por comprenderse.

Estas variadas conversaciones íntimas que se hacen públicas, nos permiten apreciar el niño interior que llevan los padres, el hijo que fueron. La gratitud.

Son muchos los pellizcos que va a sentir con la lectura de este texto, que hará que en momentos le brote una sonrisa, en otros le asome una cálida lágrima y en otros que levante la cara y la mirada se pierda en el recuerdo.

La vida es, pudo ser. Proyectos, realidades, alegrías y frustraciones. Querer dar, conocer, percibir, integrar. No, no todo es posible, pero estas páginas transpiran lo mejor del ser humano, los mínimos detalles, las ricas incoherencias.

Un libro que rebosa de amor, de respeto intergeneracional, que no busca aleccionar, pero sí hacer pensar, hacer sentir.

¡Qué bello reunir a tan buenos amigos, a tan insignes profesionales de la ciencia no de la conducta, sino del alma! Qué emocionante leer la carta a Ana, a la hija no nacida, a reconocer que es bello sufrir el huracán de una adolescente.

Hay libros que se prologan desde el academicismo, desde el saber. No es el caso. Relean al amigo Wenceslao cómo termina su carta a sus hijos, y embargados por la

emoción percibirán lo que nos une a esta especie.

Un prólogo es, o debe ser, un apetecible aperitivo, no más. Yo les invito a degustar unas líneas que están escritas desde el corazón, ¿cómo si no se puede escribir una carta a un hijo?

La vida misma se regodea en el dolor, la enfermedad, el sufrimiento. Aquí se refleja la impotencia ante el trastorno alimenticio de una hija.

Ha resultado una imprescindible idea invitar a los hijos a que expresen su sentir en unas cartas que derrochan cariño, autocrítica, deseos de ser mejores que como se perciben.

Pasan las páginas, pasa la vida, la desesperación de quien no pudo ser querida, pues el sida, la droga, acabó con la madre, fluye el odio como impulso, como frustración, como demanda.

Hay espacio para el debate, la incomprendión, la discusión entre padres e hijos, los horarios nocturnos, los límites, la privacidad. La vida.

Por fin un libro que no vilipendia la adolescencia. Un libro que invita a escribir al hijo del autor, al maestro de su padre.

JAVIER URRA

Solamente podemos aspirar a dejar dos legados duraderos a nuestro hijos. Uno, raíces, y el otro, alas.

WILLIAM M. CARTER

Introducción

Siempre que le sea posible, plantee una elección a su hijo en lugar de darle una orden.

CAROLINE MEEKS

Estimado hijo pretende ser una obra que acerque a padres e hijos adolescentes. Intenta poner las ideas que todo padre quiere decir a su hijo, pero no sabe o no se atreve a plasmar en palabras. También intenta que nuestros hijos nos vean «desnudos», que entiendan qué hay detrás de nuestros consejos, de nuestras negativas, de nuestros enfados. Intenta, en definitiva, mejorar ese «trago» que es la relación entre un padre/madre y su hijo/hija.

Aunque estas cartas no van dirigidas a los padres, quizá pueda servirles a algunos de ellos para poner las palabras que tanto desean decirle a su hijo o para aclarar todos esos temas que les preocupan.

Para construir este proyecto he contado con la inestimable ayuda de muchos amigos, padres, madres, hijos que pasan, han pasado o pasarán por esta misma situación y que han querido compartir sus experiencias e inquietudes. También he contado con una colaboración especial, la de mi mujer, que rápidamente se implicó en la solicitud y selección de las aportaciones y cuyo criterio ha dado coherencia al total de colaboraciones, convirtiéndose finalmente en coautora del libro. A mitad del proyecto, mi hijo me dijo: «y lo que nosotros tenemos que deciros a vosotros», y comprendí que la idea se quedaba incompleta si no le hacía caso e incluía las cartas que nuestros hijos nos mandan a nosotros. Recibí algunas y descubrí que mi visión de los adolescentes cambiaba, pudiendo añadir un aspecto más humano y vulnerable a esas «personas» a las que nos «enfrentamos».

Hace 10 años escribí un libro que se titulaba *Padres desesperados con hijos adolescentes*. En él se recogían los consejos que, como terapeuta, daba a los padres que acudían a mi consulta con problemas con sus hijos. Para comenzar proponía 12 + 1 aclaraciones o consejos sobre la educación de los adolescentes. De entre ellos quizá el más importante fuera que «tenemos en nuestras manos más que nadie la solución», pues «aunque a veces creamos lo contrario, somos muy importante para nuestros hijos». Casi

al final de esa obra hacía una afirmación que podía parecer contradictoria con la anterior, pero que, lejos de ello, era complementaria. Afirmaba que «no es usted tan importante como se piensa. La conducta de su hijo se deberá a la interacción de numerosos factores de los que usted no es más que uno; por ello no debe sentirse como único culpable si su hijo termina lejos de lo que usted pensó».

Diez años después, con un hijo adolescente, sigo pensando lo mismo. Por cierto, de padre a padre: dedique más tiempo a su pareja, búsquense un tiempo para ustedes dos, solos, sin hablar de su hijo, disfrutando, dejando un tiempo y un espacio al problema. Háganlo por ustedes y por su hijo.

JUAN M. FERNÁNDEZ

PARTE PRIMERA

Intentando comunicarse con nuestros hijos

Para empezar

Estimado hijo:

El motivo por el que comienzo esta carta es ayudarte, en lo posible, a pasar esa etapa de la vida que estás a punto de comenzar y que es a la vez la mejor y la más peligrosa de todas, la adolescencia. Quizá mi objetivo sea presuntuoso, demasiado difícil. Al menos espero que estas letras te sirvan para que comprendas mejor los cambios que vas a experimentar y la relación (difícil) que estamos a punto de empezar como padre e hijo que se hace un hombre.

Sin duda la adolescencia es la etapa de la vida más maravillosa, y ahora te sentirás preparado para realizar cosas con las que ni soñabas hace unos años. Ahora vas a empezar a tener emociones, sentimientos tan intensos que, a veces, te llevarán a la felicidad plena, y otras, a una pena y desesperación tal que creerás difícil de vencer. Tu cuerpo va a ir cambiando, tus pensamientos también.

Lo que seas dentro de algunos años, lo serás por lo que te hayas dispuesto y atrevido a ser en los próximos años. Nadie, por mucho que te queramos, podemos, ni debemos, hacer el camino por ti. Debes recorrerlo tú, eligiendo primero la senda, tropezando y levantándote a lo largo de ella, sin perder tu objetivo y sin hacer caso de aquellos que te indiquen un atajo o te prometan un camino más sencillo. En eso reside ser adolescente, en encontrar un camino que nunca será fácil y superarlo, aunque ello te cueste lágrimas, pues de ellas surgirán alegrías.

En los próximos años discutiremos mucho, a veces me equivocaré, olvidándome de que, por encima de mis miedos, debo colocar tus posibilidades. Sí, me equivocaré, pero lo haré, no en un intento de situarme por encima tuya, ni por demostrarte que «aquí mando yo», sino por ese miedo que sentimos los padres y que es inseparable y proporcional a nuestro amor por los hijos. Discutiremos por muchos temas, pero a pesar de todo debes saber que la puerta siempre estará abierta, así como mis brazos.

Claro, que a estas alturas eso de abrazar a tu padre o a tu madre te dará vergüenza, aunque a veces lo deseas y otras lo necesites. Es normal. Dentro de algunos años, cuando superes la adolescencia, perderás esa vergüenza por expresar esos sentimientos. Será un signo de que has madurado y te has convertido en un hombre.

Para que me comprendas, William M. Carter dijo: «Solamente podemos aspirar a dejar dos legados duraderos a nuestros hijos. Uno, raíces, y el otro, alas», y entre esos dos objetivos tan dispares y difíciles tengo que moverme para ser un buen padre, porque

mi misión es ser un buen padre, y no como algunos padres de moda que creen ser los mejores amigos de sus hijos. Esto, de primeras, es mentira. Ningún hijo le cuenta a su padre, por mucha confianza que tenga con él, lo que le cuenta a un amigo, y en segundo lugar, sería una equivocación, pues ser amigo no es la misión de un padre, sino otra muy distinta y necesaria. A los amigos los irás encontrando a lo largo de esta etapa, pero de eso ya te hablaré en otra carta.

Sin más que decirte, por ahora, se despide, atentamente y con cariño, tu padre.

P.D.: Sé que por mucho que discutamos y aunque te de vergüenza admitirlo, tú también me quieres.

Juan M. Fernández

¿De qué me hablas?

Estimado hijo:

El otro día te empecé a hablar de la adolescencia, pero quizás te estés preguntando qué es eso.

Sí, ya sé que has escuchado hablar mucho de ella, pero es probable que tengas más dudas que conocimientos. Permíteme que te aclare algunas cosas, al menos las que a mí me preocuparon cuando «hace mucho tiempo» fui adolescente.

La adolescencia es ante todo un reto, tu reto, el reto de hacerte mayor, pero eso, lejos de lo que crees, no sólo significa que tendrás más derechos, sino, sobre todo, que tendrás más deberes, más responsabilidades. Hacerse mayor no significa que puedes saltarte las normas que hasta ahora te imponíamos como padres, sino que TÚ decides libremente acatarlas, porque es lo mejor y lo justo.

Hacerte mayor. Ése es el objetivo de la adolescencia, pero hasta llegar a ese fin deberás recorrer un camino lleno de obstáculos y cambios... ése será el precio que tendrás que pagar para ganarte el estatus de adulto.

Desde fuera veremos que cada vez eres más impaciente, más desobediente, menos respetuoso. ¿Tanto has cambiado, hijo?, ¿has dejado de querernos?, ¿tan mal lo hemos hecho como padres? Esas y otras muchas preguntas nos hacemos constantemente.

Pero realmente todos esos cambios que estamos observando son normales y necesarios, aunque puedo asegurarte que a nosotros, los padres, nos duelen y nos asustan. Tenlo en cuenta.

Estás creciendo, tu cuerpo cambia, se está convirtiendo en una máquina más potente y eficaz y por eso crees que puedes hacerlo todo, que eres invencible, que no puede pasarte nada. Acabas de cambiar un «modesto turismo» por un potente «deportivo». Pero ten cuidado, aprende a manejarlo. Los cambios que experimenta tu cuerpo te llevan al gusto por el riesgo, pero un riesgo no calculado siempre conduce a errores. Aprende a conocerte y a ponerte tus límites.

Tus pensamientos también han evolucionado, ahora te planteas cuestiones que antes no existían. Tu mundo ya no se limita a tus padres y tu pequeña clase en el colegio. Ahora deseas alejarte de nosotros, pues piensas que no podemos entenderte y buscas refugio en TU GRUPO.

Creces en estatura, aumentas tu peso, aparecen músculos y curvas, empiezas a tener vello y todo ello va acompañado de sentimientos que te desbordan. Habrá cosas que no comprendas, el mundo te parecerá un caos. No tengas miedo ni vergüenza en preguntar,

si no a mí, a tus amigos o utiliza Internet para algo más que para el chat.

Todos estos cambios te harán sentirte, a veces, perdido. No eres un bicho raro, es la adolescencia. Por ponerte un ejemplo, es como si te mudaras de una casa pequeña, en la que ya tenías todo ordenado y sabías dónde estaba todo, a una nueva casa en la que la mitad de tus cosas aún están en cajas, en la que no sabes dónde se encuentra el baño, la cocina o no sabes cómo cerrar la llave de paso.

Por otro lado, tu nuevo cuerpo y tu nueva mente, mucho más potentes, te hacen sentirte autosuficiente y, por tanto, rechazar nuestra ayuda. No te preocupes, nosotros seguiremos ahí, a tu lado, sin que notes nuestra presencia, pero atentos a tus caídas y orgullosos por tus logros... aunque no te lo digamos.

Sé que te será difícil, pero no dudes en preguntarnos o en pedir que te ayudemos, tampoco te avergüences de reconocer tus errores (es un signo de madurez), ni de exigirnos que nosotros reconoczcamos los nuestros (para nosotros también es difícil).

Tu vida emocional, tus sentimientos, se harán más ricos, más potentes, también más confusos. Descubrirás el amor, ese primer amor (no pierdas la experiencia). Te pasarás el día pensando en esa persona por la que sientes que «te estalla» el pecho, esa persona sin la que crees que no podrías vivir. Cuando estés con ella, el mundo será maravilloso, y cuando no la tengas cerca sólo pensarás en una cosa, en volverla a ver. Te suena cursi, ¿verdad?, pues así es la adolescencia. Una vez leí que «todas las cartas de amor eran estúpidas, pero que, al final, sólo era estúpido el que no había escrito nunca una carta de amor». Enamórate, es una experiencia única por la que merece la pena equivocarse. Aprenderás tanto del amor como del desamor, ese sentimiento inaguantable que nos hace más humanos.

Como adolescente te apasionas por todo, eso es bueno, pero tómalo con mesura, aprende a autocontrolar tus emociones, a la vez que aprendes a expresarlas (otra difícil tarea).

Con todo esto, termino esta carta, deseando que te sirva de guía por un camino que yo también anduve.

Tu padre, que te quiere.

Juan M. Fernández

Sobre las drogas

Estimado hijo:

Esta carta será corta. Sólo tengo una cosa que pedirte, que suplicarte: no comiences ese camino.

Si hay algo que a los padres nos aterroriza es que un hijo caiga en manos de la droga. Sé que creéis que podéis dominarlo, que pensáis que un canuto o una raya no es malo. Sé que habrá colegas (que no amigos) que te dirán lo maravilloso que vas a sentirte. Sé que habrá situaciones en la que te será difícil decir «NO». Sé que, incluso, a corto plazo, un canuto o un cubata te permitirá hacer o decir cosas de las que crees que no serías capaz sin ellos. Pero no te engañes.

A lo largo de mi vida he ido perdiendo por el camino a amigos, familiares y compañeros, gente estupenda, tímidos algunos, incomprendidos otros, que cayeron en esa tentación del camino corto del espejismo de lo fácil. A veces, me encuentro con alguno de ellos y pienso lo que podrían haber llegado a ser si no hubiesen pensado que ellos dominaban la situación, si se hubiesen dado cuenta de que para pedirle salir a una chica o para ser admitido en un grupo no necesitaban de la falsa ayuda de la droga. Pero eso no es lo peor, porque, hijo, hay otros que tomaron ese camino y con los que nunca más podré cruzarme.

Con cariño, tu padre.

Juan M. Fernández

El ejemplo más cercano

Querido hijo:

Cuando discutimos, suelo acudir a mi pasado y ponerme como ejemplo utilizando alguna frase del estilo de «YO cuando tenía tu edad», a lo que tú sueles contestarme, con toda la razón del mundo, «ya estamos con el yo, yo, yo».

En mi defensa sólo puedo alegar que cuando me pongo de ejemplo realmente estoy poniendo de ejemplo a mi padre, mi madre, mi hermano o mi amigo.

Te pido perdón por no ser tan buen padre como lo fue el mío que consiguió inculcarme el valor del sacrificio, del trabajo duro, del ganarse el dinero (el poco dinero) con mucho esfuerzo.

Te pido perdón por no ser un buen ejemplo, como lo fue mi madre cuando me inculcó el valor del trabajo y la ayuda en casa.

Te pido perdón por no ser un ejemplo como lo fue mi hermano, que me ofreció el amor por la lectura, por las matemáticas, por las ciencias, por la historia, por el conocimiento como herramienta para guiar mis actos.

Te pido perdón por no ser un ejemplo como lo fue mi amigo José, que me hizo comprender lo que la aventura sana y controlada y el deporte (EN GENERAL) me ofrecía para descubrir el mundo.

Te pido perdón por no ser un ejemplo como lo fue mi primo Salvi con su muerte, que me enseñó lo difícil que es desandar algunos caminos y que un hijo, sin el MIEDO y la preocupación de su padre, está indefenso.

Te pido perdón por no ser tan buen padre como lo fue el mío al no darme todo lo que le pedía, por regalarme sus enseñanzas, sus tardes interminables de trabajo, de paciencia. Por blandir la honradez como estandarte y guía de su vida.

Te pido perdón por hacerte ver, como lo hizo mi madre, que no es la imposición de mi autoridad lo que guía mis discusiones contigo, sino el miedo a no estar a tu altura.

Juan M. Fernández

Confianza

Estimado hijo:

Te escribo de nuevo después de la discusión que tuvimos hace unos días cuando me recriminaste el trato distinto que te daba a ti frente a tus hermanos. No comprendías por qué a ti te mandaba hacer tareas que a tus hermanos no. Creías que no era justo que a ti te obligara a ayudar en casa y te exigiera más orden en tu cuarto, los trabajos de clase mejor hechos, el comportamiento más adecuado... y, sin embargo, a tus hermanos les dejara más «vidilla» (creo que ése fue el término que usaste). En definitiva, creías que era injusto y que ello reflejaba que a ellos los quería más.

Déjame que te cuente una fábula.

«Se cuenta que en una escondida aldea de un pequeño país que ya ni existe, hace mucho, pero que mucho tiempo vivía un anciano campesino que poseía unas tierras donde, junto a su familia, se dedicaba a cultivarlas y cuidar sus animales.

Todas las mañanas, al amanecer, el anciano recorría los establos. Al pasar junto a su caballo, lo saludaba y le daba una zanahoria. Después pasaba junto a la piara apoyándose en el cerco desde el que contemplaba cómo engordaban sus cerdos. Tras ello se dirigía al prado en el que pastaban sus ovejas contemplándolas con satisfacción y, finalmente, llegaba a la atalaya en la que se erguía un espléndido ejemplar de águila imperial.

El anciano se acercaba al ave y le imperaba “¡Vuela!”.

El águila, que el anciano había hallado malherida hacía unas semanas en el bosque, abría sus alas e intentaba alzar el vuelo, pero su debilidad y sus dolores le hacían dar una y otra vez con su cuerpo en el suelo. Sin embargo, el anciano insistía en su petición.

Una mañana, el águila, cansada y cabreada por la petición del anciano, le espetó desde el agarradero:

“Has pasado junto al caballo, a tus cerdos, tus ovejas, tu asno, tu vaca y a ninguno de ellos le has pedido una misión tan difícil como volar. Sin embargo, a mí me pides todos los días lo mismo, ¿por qué a mí me pides que vuele?”».

Espero que esta historia te haya enseñado por qué te pido lo que a tus hermanos no. Mientras tanto, perdóname si, en mi esfuerzo por sacar de ti lo que sé que tienes dentro, te he hecho daño.

Atentamente, tu padre, que te quiere y que está orgulloso de ti.

Juan M. Fernández

Creer es voluntario; respetar, una obligación

Estimado hijo:

En varias ocasiones en los últimos días hemos tratado el tema de Dios, que tú, desde una opinión que respeto, rechazas. Como te digo respeto tu opinión, pero me preocupa la actitud que tienes al respecto. Creo legítimo e incluso puedo compartir la puesta en duda de la existencia de Dios, pero con lo que no estoy de acuerdo es en que llegues a esa conclusión por ser la más fácil o la que está de moda.

Y no estoy de acuerdo porque si uno prescinde de Dios debe ser porque haya reflexionado tanto sobre el tema que, finalmente, llegue a la conclusión de que no necesita de un ser externo para seguir una moral que se resume con el principio universal de «no quieras para los demás lo que no quieras para ti».

No debemos actuar como si Dios no existiera, sino como si todos debiéramos comportarnos como Dios (con justicia, bondad, misericordia y respeto). Y para ello hay que atender a ese dios del que Oriana Fallaci hablaba en su libro *Nada y así sea* y al que definía como «es la buena conciencia que está dentro de nosotros y que siempre nos ofrece buenas ocasiones». Para que veas que la idea de Dios no tiene por qué ser un ente distante, ajeno y lejano a nosotros mismos. Esta idea ya aparecía en un filósofo llamado Feuerbach, que creía que Dios era una invención del hombre y que no era más que la proyección de lo que el hombre es. Así, todos los atributos que asignamos a Dios (bondad, perfección) pertenecerían en realidad al hombre. Pero ¿esto significa que podemos prescindir de Dios?, ¿no sería ello prescindir de nosotros mismos?

Puedes pensar que la existencia de Dios es irrelevante (apoteísmo) o que no podemos acceder a conocerlo, pues está fuera de la observación y la experimentación (agnosticismo), incluso que no existe (ateísmo), pero hazlo no por modas o por comodidad, sino porque hayas pensado mucho al respecto y teniendo en cuenta las responsabilidades de tus decisiones.

Para terminar, y volviendo al principio universal, la primera misión de un hombre en este campo es «cree en lo que quieras, pero respeta la opinión de los demás».

Juan M. Fernández

Esperando la selectividad

Estimado hijo:

Blanco o negro, arriba o abajo, despacio o deprisa. Tu mente no sabe hacia dónde ir y se mueve en nebulosas espirales sin ir a ninguna parte mientras esperas el examen de selectividad. Irse o quedarse, trabajar o estudiar. Tu madre y yo también esperamos el examen con una línea emocional que va del miedo a la esperanza y la ilusión. Hasta ahora tus decisiones eran importantes, ahora son decisivas e ineludibles: eso es ser mayor (o hacerse).

No puedo, ni quiero decidir por ti. No debo. Tomes la decisión que tomes tendrá una parte buena y otra mala. Tomes la decisión que tomes tendrá consecuencias. Por eso, tómate tu tiempo... piensa a largo plazo. No es momento de quedarse parado viendo «pasar los trenes». Sólo queda moverse, avanzar, retroceder, ir contracorriente, pero moverse.

Éste es el momento en que los padres queremos que nuestros hijos sean más que nosotros, pero que, egoístamente, sean «otro» nosotros. Me gustaría que tus estudios te ilusionaran, te emocionaran, que te proporcionaran un trabajo con el que fueses feliz. También me gustaría que llegaras a pisar todas aquellas tierras que yo soñé, que navegaras por esos mares en los que me imaginé. Quisiera estar siempre ahí para darte consejos y evitarte tropiezos (y eso que soy de los que piensa que caerse es el ejercicio que más nos enseña a ser personas).

A pesar de sobrepasarme en estatura, de que tus músculos ya se han desarrollado y tu espalda es, aproximadamente, dos veces la mía, sigues siendo mi hijo, mi pequeño hijo. Deja que tu madre y yo nos ilusionemos contigo. Decide y, si lo haces con responsabilidad, no temas equivocarte.

Suerte.

Tu padre.

Juan M. Fernández

Mañana... qué será de ti

Pilar Serrano

Es mi mujer, la mujer de la que estoy enamorado; por tanto, cualquier cosa que diga de ella no será objetiva. Es mi mujer, pero sobre todo madre.

Querido Miguel:

Muchas veces me planteo qué será de ti cuando no estemos. Seguramente te parezca una tontería que yo, a mi edad y con lo que supuestamente nos queda de vida, me planteo estas cosas. Pero hijo, conforme crezcas te darás cuenta de que la vida de pronto se te va de las manos y todo a tu alrededor cambia sin tú quererlo.

Ni que decir tiene que quiero que esto pase dentro de muchos años, entonces ya estarás hecho un hombre como se suele decir «hecho y derecho».

Me gusta imaginarte como un buen padre de familia, bregando con tus hijos, como lo hacemos nosotros ahora contigo. Cariñoso, porque lo eres con los niños pequeños, algo alocado y haciendo tonterías con ellos, igual que hace papá contigo. En el fondo sois muy iguales emocionalmente.

Te imagino casado, no soltero y ni como diría tu abuela «arrejuntao». Creo que estarás enamorado de tu mujer, y serás un buen marido. O al menos eso deseo, no me gustaría que te fuese mal tu matrimonio, pues se sufre mucho, pero si ocurre esto, estoy segura de que te repondrás con prontitud y buscarás otra mujer, pero no olvidarás a tus hijos, y te harás responsable de ellos. Sé que en el fondo no sabes estar solo, aunque te creas muy independiente.

Sé que te hubiese gustado tener un hermano que no te hemos podido dar y no sabes lo que siento que haya sido así. Por eso deseo de todo corazón que formes tu familia, aunque ahora pienses en no hacerlo (es normal a los 17 años), ya que según tú tendrás *un buen coche, un buen perro y un buen trabajo, «y nada más»*.

Me parece bien que tengas un perro, ya lo tuviste de pequeño, así sabrás lo que implica tenerlo siendo un adulto. El perro te hará sin duda mucha compañía y te hará madurar. Si lo tienes siendo ya padre, deja que tus hijos disfruten de él como tu disfrutaste con *Golfo*, aprenderán a amar y cuidar de los animales.

En cuanto a tu vida profesional, me gusta imaginarte trabajando en algo creativo,

entretenido, dinámico y sacrificado a la vez. No te puedo imaginar en una anodina oficina o detrás de un triste mostrador con lo movidito que eres. Seguramente fuera de tu ciudad, aunque sinceramente no fuera de tu país. No me gustaría que te fueses del lado de tu familia, me refiero a tus primos y a los hijos de éstos. Éstos serán o deben ser como hermanos para ti.

Un hermano no debe o no tiene que estar siempre con nosotros, al final el día a día se hace con tu pareja y tus hijos, pero debe estar para los momentos en que se le necesita, ya sean buenos o malos. Por eso me gustaría que cultivaras esas relaciones con tus primos y sus hijos para que nunca te sientas solo.

Creo que serás un buen trabajador, tus abuelos te lo han dejado de herencia. Responsable y cumplidor, pero, cómo no, inconformista. Exigente contigo y con los demás y protestón, muy protestón (espero que entonces protestes con razón, ¡no como ahora!).

Espero, por otro lado, que habrás dejado de patinar. No te imagino yendo a trabajar con el skate, ya sea por la calle o el metro. Ya tus tobillos, rodillas y brazos te pasarán factura de las burradas que has hecho de pequeño. Espero que elijas otro deporte menos agresivo para tu anatomía. Nadar es bueno, quizá aprovechar el curso de buceador que papá te regaló a los 16 sería buena cosa, aprovechalo e incita a tus hijos si los tienes a que lo hagan contigo. Será el mejor homenaje que le puedas hacer a papá cuando ya no esté, hacer que tus hijos adoren el mar, el fondo del mar.

Serás un buen amigo de tus amigos, eso seguro. Ahora lo eres. Intenta mantener todos los amigos que puedas de la infancia y de los que conozcas en la Universidad. Y a los amigos recientes quiérelos igual, no porque los conozcas de poco tiempo son menos amigos que los otros. Aprende a valorar a las personas por lo que son, ya lo haces siempre, y no por lo que tienen. Y aprende que un amigo da sin esperar nada a cambio.

Si cuando no estemos y leas esta carta he acertado o hemos coincidido en algunos de mis deseos, habré hecho bien mi trabajo de madre. Si no es así, te pido disculpas por no haberlo sabido hacer mejor. Eso sí, lo hice con todo el amor del mundo.

Te quiere, mamá.

Sobre las drogas II

Anónimo

Un amigo, que quiere permanecer anónimo, por respeto a su hijo, me mandó estas cartas que se escribieron tras encontrar un correo de Tuenti de su hijo a un amigo en el que le contaba que había probado el hachís y que le había gustado más que el tabaco. Primero tuvieron una discusión, después las cartas.

Mamá, papá:

Entiendo perfectamente vuestra preocupación, vuestro cabreo y que ahora no me quitéis los ojos de encima. Perfectamente. Principalmente quería deciros que lo siento mucho, lleváis razón en todo lo que decís, es más, el día, si es que lo hay, que yo tenga un hijo, seré igual o peor que vosotros. Intentaré por todo lo posible que no haga nada de esto, pero también quería daros explicaciones. Es verdad que he fumado por probarlo, tabaco y hachís, es verdad lo del privado que le mandé a XXX, pero exageré. Sólo los he probado y, sinceramente, el tabaco no me gusta nada de nada y el hachís tampoco. Además soy ya mayor para saber dónde no meterme porque conozco a gente de mi entorno que no puede salir de esto siendo ya tan jóvenes. Lo entiendo perfectamente. Gracias por preocuparos por mí y os prometo que no volveré a acercarme más a estos temas.

Si alguno de mis amigos lo hace, no os preocupéis. Tenéis mi promesa de que no volveré a hacerlo, eso es problema de ellos y de su familia, pero tenéis que comprender que aunque algunos fumen siguen siendo mis amigos y, sinceramente, nunca he tenido amigos como ellos. Entre nosotros nos tratamos muy bien, nos preocupamos todos y que fumen no los cambia nada.

Espero que me comprendáis como os comprendo yo a vosotros. Muchas gracias y lo siento.

Estimado hijo:

Lo siento pero esta vez no me basta con una carta de arrepentimiento y promesas. No me basta porque de todos los problemas que me podías dar, has ido a escoger el que,

como ya te dije una vez, más miedo me da y del que más indefenso me siento.

Cuando me dieron los datos que te enseñé, se me vino el mundo abajo, sentí el mayor miedo que he sentido en mi vida. No se trata de pasar vergüenza o de que haya un problema de poder. Se trata de que has abierto una puerta (por formar parte de un grupo al que llamas amigos) que cuesta mucho cerrar, se trata de que he visto cómo muchos daban la primera calada al porro con la convicción de que no pasa nada y, ahora, años después no son ni la sombra de lo que fueron, de lo que podían haber llegado a ser o, incluso, ya ni siquiera son. Yo ya viví un caso así y perdí a mi mejor amigo, alguien que no se merecía haber muerto como lo hizo ni tan joven como lo hizo. ESO ES EL MIEDO QUE ME DA.

A menudo se me acerca algún conocido de la infancia a pedirme algo de dinero para el cartón de vino o su próxima dosis. Ellos empezaron con una calada con los amigos (no pasa nada). Siento una pena tremenda al recordar el niño alegre que fue esa triste figura. Siento pena por la tristeza de sus padres. Siento pena por el absurdo día tras día de estas personas que de jóvenes estaban llenas de ilusión y ahora se limitan a esperar fumarse el siguiente porro (ya sus neuronas apenas funcionan) con sus amigos.

Me hablas de tus amigos. Entiendo que a tu edad son lo más importante, pero aprende a elegirlos y a diferenciarlos de los colegas. El amigo no siempre ríe la gracia, ni te empuja a hacer lo que no quieras. El amigo, a veces, te canta las cuarenta o te dice que estás metiendo la pata. El amigo te da un puñetazo el día que ve que te estás metiendo en un problema y no te anima «bienvenido al club».

Yo no soy tu colega ni tu amigo. Yo soy el que estará cuando éstos te fallen, aunque te cueste creerlo.

Con tu decisión has desandado un camino que se llamaba confianza. Volver a andarlo va a costarnos mucho. Tu carta ha sido un primer paso, pero el camino de la confianza es corto de desandar y muy largo de conquistar. Si tu carta no es el producto de una salida fácil, si es sincera y estás dispuesto a esforzarte, tendrás que demostrarme que no está escrita con tinta, sino con la verdad.

Aunque no te lo creas, ESPERO QUE SEA ASÍ y poder volver a sentirme orgulloso de ti y no asustado. Mientras tanto mi puerta está abierta para ayudarte, pero el camino tendrás que recorrerlo tú. No hay otra solución. Por una vez te suplico que no elijas el camino fácil.

Papá, mamá:

Respecto a vuestra carta, entiendo perfectamente que te preocupes de mí por lo de tu compañero y porque te ha enseñado que es un camino de mal andar. No quería decir que el amiguete del mensaje privado fuera mi amigo en su correcta palabra. Sé perfectamente qué es un amigo, a mis 16 años puedo contar con los dedos de las manos los que son de

verdad. No quiero que penséis que ellos me incitaron a que yo probase esto, ni que yo lo probé por presión, ni por impresionar, ni por «mola más». No, simplemente lo probé por curiosidad de saber qué era lo que hace que la gente se enganchase y la respuesta que obtuve es que si se enganchan por el sabor, menudos gustos. Sé que el camino es largo y cogeré el camino que espero que queráis que coja. Respecto a las drogas o alcohol no volveré a probarlos simplemente porque no me gustan. Fueron unas simples caladas que no volverán a suceder. Sinceramente no me arrepiento, porque sabía perfectamente que me puedo controlar y que sólo iba a probar.

Repite que entiendo vuestra preocupación y que gracias por ser como sois, porque otros padres no harían lo que hacéis vosotros. Pongo el ejemplo de mi amiguete XXX, que sus padres saben que fuma tabaco y no le hacen caso.

Gracias por estar ahí a pesar de este daño que no pretendía provocaros y os aseguro y prometo que podréis sentiros orgullosos, porque por muchas veces que diga que esa parte de vosotros no me ha tocado, sí me ha tocado, pero muy pocas veces la saco a la luz. Soy totalmente consciente, pero me cuesta. Pero respecto a temas como éste, soy como vosotros: me controlo, es más, me da por controlar a los demás, ¿defecto o don?

Caerse y levantarse

Carmelo Fernández

Maestro desde hace muchos años, logopeda más recientemente, contertulio al que hay que escuchar, hermano mayor, pero sobre todo padre.

Querido hijo:

Hoy no ha sido un buen día... y aunque tal vez tengas la sensación contraria, hoy me siento más cerca de ti que en otras ocasiones. Me siento más cerca de ti, porque me veo a mí mismo con tu edad, lleno de inquietudes, de ilusiones, de proyectos y también lleno de frustraciones, de temores, de fracasos... si hijo, de fracasos. Tu padre, al que tú seguramente ahora envidias su situación profesional, con tu edad tuvo no suspensos sino un buen montón de fracasos de los que tuve la inmensa suerte de aprender para lograr los éxitos que luego alcancé. Si quieres cualquier día nos sentamos y te cuento.

Hace un par de días eras un chico eufórico dispuesto no sólo a aprobar el curso con nota, sino a intentar sacar incluso ¡¡las oposiciones!! de Magisterio. Y te ha bastado una sola nota de un «renombrado» Romero para sentirte el más mísero de los mortales... ¡¡No jodas, Manuel!!

Te has preguntado ¿en qué condiciones hiciste el examen de Romero? Si no recuerdo mal tenías un resfriado de la hostia, te estabas medicando, entre otros, con XXX, que dicho sea de paso te deja hecho una mierda, sobre todo, mental. Te juro por todos los dioses que estos días con mi «trancazo», medicándome con lo mismo, no he hecho más que comentarle a tu madre que en los exámenes «... tenías que estar hecho polvo...». Si a todo ello unes que te pongas como te pongas eres un novato de la UMA, que no estás en tu ambiente, que estás pesimamente alimentado, etc., reúnes todas las circunstancias para llevarte una mala sorpresa.

Sé que me dirás que TE HAS HINCHADO DE ESTUDIAR, pero Manolo, ¿desde cuándo es absoluta garantía el hincharse de estudiar para aprobar...?, ¿cuántas veces hemos comentado estas circunstancias, sobre todo en los niveles educativos en que te mueves tú...? Es posible (ya salió mi rama fatalista...) que suspendas 1, 2, 3... ¿y qué habrá pasado...?, pues, sencillamente, GAJES DEL OFICIO, del oficio de estudiante, y no te quedará más remedio que repetir, estudiar más, con otros medios, buscando

mejores apuntes o bibliografía... pero lee bien esto: HABRÁS ESTUDIADO, HABRÁS APRENDIDO, SABRÁS MÁS Y NO TE HABRÁS RENDIDO porque te has estado sacrificando para ello. ¿Acaso ya no recuerdas cuando te suspendían 8 asignaturas algunas de las cuales ni te presentabas porque no tenías el más mínimo interés en estudiar, en aprender...?, ¿te dolían aquellos suspensos como te ha dolido éste...?, ¿sabes cuál es la diferencia...?, QUE AHORA ERES UN HOMBRE que no ha recogido (todavía) el fruto que esperaba de su trabajo, y antes... bueno de lo de antes mejor ni hablamos.

Tienes, con un sacrificio económico por parte de todos, todo nuestro apoyo, toda nuestra confianza y no dudamos de que estás trabajando, de que estás estudiando y aprendiendo. ¿Que los resultados no son lo buenos que esperábamos...? Demos tiempo al tiempo, sigamos con voluntad adelante y no te quepa la menor duda de que los éxitos llegarán. Recuerda, además, que «... ningún gitano quiere a sus hijos con buenos principios...».

Aprender de los fracasos es el camino más corto hacia el mayor de los éxitos (la frase es mía...), y yo que soy un pesimista reconocido nunca he tenido la menor duda de que serás alguien importante para ti y para todos los demás. El año pasado, allí donde a todos los Romeros del mundo no le servirían de nada sus muchos principios teóricos, tú me demostraste cómo hay que trabajar, por ejemplo, con un niño postrado en una silla de ruedas, niño que no pasa un día que no pregunte por «... su colega...», ¿cuántos Romeros pueden contar la misma experiencia profesional? Tienes una empatía y unas cualidades personales que te hacen excepcional para la docencia... y tú ya lo deberías saber.

Te quedan muchas asignaturas, oposiciones, exámenes..., y probablemente algún que otro «Romero» más. En las canchas de baloncesto yo siempre admiré que tú nunca te acobardaste. Estoy seguro de que ahora voy a poder seguir admirándote... en las canchas de la vida.

Y no te olvides de que aquí siempre te estamos esperando, de que aquí tienes tus raíces, tu gente, tu vida. Nosotros respetaremos cualquier decisión tuya, pero hijo no permitas a ninguno de los Romeros que te vas a encontrar en la vida que te quiten una sola ilusión.

Un beso de tu madre y otro mío... Ah, y un abucheo de tu hermana.

Engaños

Carmelo Fernández

Maestro desde hace muchos años, logopeda más recientemente, contertulio al que hay que escuchar, hermano mayor, pero sobre todo padre.

Querida hija:

Como habrás podido comprobar, anoche no quise decirte ni comentarte nada por teléfono; y es que está visto que tú y yo hemos de recurrir al género epistolar para poder hablarnos de forma serena y sincera. Y mira que, por más que lo pienso, no alcanzo a comprender cuál es la causa de ello, pero algo debo haber hecho muy mal para que entre nosotros no pueda haber una normal conversación entre padre e hija sin que terminemos mosqueados.

Como no podía ser de otra manera, recibo tu carta con una gran tristeza motivada por razones que espero alcances a comprender aunque no a compartir.

En primer lugar, no creo que tu madre, que tanta confianza ha demostrado siempre en ti, incluso cuando la evidencia ha estado claramente en tu contra, se merezca tantas mentiras y engaños. Tal vez si hubieras visto ayer su cara envejecida de golpe y llena de lágrimas te lo habrías pensado antes de actuar como lo has hecho.

En segundo lugar, creí sinceramente por mis esfuerzos, mi actitud, mi comprensión y hasta por mis conversaciones contigo durante estos años de universidad, haberme ganado un mínimo de confianza, al menos, en estos temas. Me parecen muy injustas esas mentiras a quien, no te quepa la menor duda, hubiera comprendido mucho mejor de lo que supones cualquier fracaso tuyo, entre otras cosas porque ahí no te puedo dar lecciones de ninguna clase: yo tuve fracasos mucho más graves que cambiaron todos los proyectos que tenía. Pero, con todo, lo importante no ha sido eso, lo importante es que a pesar de las dudas y sospechas que yo tenía —y de que me hubiera sido fácil acceder a información sobre tu expediente académico— durante todo este tiempo siempre, repito siempre, creí que te debía un respeto y una confianza que tenía que empezar por creer a pies juntillas TODO lo que tú me dijeses sin necesidad de prueba o papel alguno. Y así he actuado y así me ha ido.

En tercer y último lugar, no creo que seas consciente de que también te estás

engaño a ti misma. Te engañas a ti misma creyendo que una mentira soluciona otra, construyendo soluciones cada vez más complicadas e inalcanzables, no teniendo unos objetivos ni un orden de prioridades claro, pensando de una manera y actuando de otra, en definitiva, construyendo castillos en el aire que cuando se derrumban, como ahora, sólo provocan dolor.

Te decía al principio que siento tristeza, pero nada más. Te puedo asegurar que no hay un solo milímetro de odio, de reproche, de desprecio, nada, además no quiero que los haya. Estoy seguro de que tú, en el fondo, lo estarás pasando mal y, querida hija, eso es lo último que deseo.

Por eso quiero terminar con lo que es verdaderamente importante: tanto te queremos que HAGAS LO QUE HAGAS nunca te van a faltar el cariño, el apoyo, la comprensión, la ayuda o el sacrificio de tus padres. Ya sabes que tenemos vocación de «ángeles gorditos» que como en la canción *Es el viento* de Nino Bravo estaremos siempre a tu lado aunque tú nos mientas.

Besos... más que otras veces, y por si sirviera de algo, reflexiona.

Tu padre.

El abandono del nido

Bibinha Benbunan

Fue mi joven profesora, es doctora en Psicología y decana de la Facultad de Enfermería de Melilla de la Universidad de Granada. Es un espíritu inquieto, contertulia sagaz y música a ratos (aunque dice que con el doctorado abandonó el violoncelo), pero sobre todo, madre.

Llevaba años pensando en ello, lo había imaginado tantas veces, sabía que llegaría pero nunca nos preparamos lo suficiente para separarnos de las personas a las que queremos.

Ernest comenzaba su carrera, se iba de casa y yo, mientras preparaba su equipaje, marcaba su ropa con un nudo en la garganta y a cien lágrimas por minuto, desde la alegría de verle crecer pero, esta vez, deseando que el tiempo se detuviera un rato más, y disimulando ante él, le escribía esta carta que introduje en el bolsillo de su mochila nueva, para que la encontrara al llegar a su destino.

Ernest, mi hijo querido:

Ahora que ha llegado este momento tan esperado como temido, ahora que se abre ante los dos la puerta de un tiempo nuevo, quiero compartir contigo la emoción que siento hoy y los sentimientos ambiguos que se me agolpan en este corazón de mujer y madre.

Sé que desde tu perspectiva de hijo, de un jovencito de 18 años, las cosas se ven de manera diferente. Para ti, hoy comienza una etapa deseada llena de retos y nuevas emociones. Y así debe ser. Me imagino que en tu horizonte adolescente te ves emancipado y dueño de tu tiempo. Y así es. Y quiero que lo afrontes con toda su intensidad.

Sabes bien que siempre te he animado para que vivieras bonitas experiencias y que disfrutaras a tope, aun a costa de mi preocupación maternal, que nunca antepuse a tu posibilidad de vivir lo que te correspondía.

Así aprendimos, junto a tus hermanos, a amar a los caballos a los que llevábamos kilos de zanahorias a la hípica. Así fuimos muchas veces en familia a pescar en noches frías de diciembre a costa de algún que otro resfriado. Así ocurrió aquel día en Madrid que con 14 años Cupido entró en tu corazón como un obús, «mamá, me he enamorado»,

me decías con desesperación en tu voz. Tuve que convencer a tu padre para que te fueras de camping con tu enamorada y su familia porque tuve muy claro que una madre nunca puede interferir en que un hijo viva su primer amor, porque eso nunca se perdona, aunque el gran amor durara lo que tenía que durar. Y así volaste solito a Chicago con 17 años con más miedo que alegría...

Pero este viaje es especial y tan distinto... Lleva implícita una nueva realidad: que has crecido, que te has hecho mayor, que has demostrado con tu esfuerzo que has sido capaz de llegar hasta aquí. Soy consciente de ello y quiero que sepas que lo valoro mucho. Porque además has tenido que luchar con las ganas insaciables de disfrutar y de pasarlo bien que tienes a todas horas. Cosa que no te lo reprocho porque en eso has salido a mí. Y me alegro, porque sé que vivirás, sentirás, volarás y siempre inventarás nuevas formas de hacerlo. Y desde este día tan especial te digo que, por más que crezcas, y te hagas mayor de lo que hoy te sientes, nunca abandones esa forma de estar en el mundo.

Ernest, hace años que me preparo para este día. Sé que debo sentir alegría por su llegada y así lo hago. Pero las separaciones, aunque sean temporales, siempre producen ese pellizco que da la ausencia, y esta separación es el antícpio de ese vacío de no verte merodear por la casa, de no escuchar tu guitarra, de perderme muchos de tus abrazos...

Quizá sería la hora de darte las lecciones de moral correspondientes, miles de recomendaciones y consejos para que te cudes, para que estudies, para que no fumes, pero no lo haré. Porque esas cantinelas maternales tan típicas por tópicas te las he dosificado a lo largo de tus 18 años. Para mí, ésta es la hora de responder una vez más a la pregunta que reiteradamente me hacías con tres años: «Mamá, ¿tú me quieres?», y decirte una vez más, no sólo que te quiero, sino cómo te quiero, para que no se te olvide desde ahora en adelante y lo recuerdes cuando tú también me eches de menos como ya empiezo a hacerlo yo.

Quiero que sepas que en esta nueva etapa de tu vida papá y yo vamos a estar muy cerca de ti, acompañándote, apoyándote, cuidándote como lo hemos hecho desde el día en que naciste, ese viernes 13 de marzo que hoy se me aproxima con todos sus detalles como si fuera ayer. Con tu nacimiento fui madre por primera vez, contigo sentí esa sensación indescriptible de traer un hijo tan deseado al mundo. ¡Cómo ha pasado el tiempo! Mi hijito querido, mi Ernestito «huevo frito», pobrecito mi niño, que le daba tanto miedo el estruendo que cada noche emitía el camión de la «fuba».

Quiero que empieces esta etapa con mucha ilusión. Con el paso firme y llena de brillo tu mirada. Conserva siempre ese espíritu apasionado que hace que te enamores de todo lo que tocas, y esa autenticidad que hace que se enamoren de ti.

Lleva en tu equipaje la certeza de que todos te adoramos, que esperaremos con todo el amor a que regreses convertido en un universitario brillante, brillante como tu sonrisa. Sé que así será.

Todos, tus padres, Yosef y Cynthia, te queremos... MUCHO.

Mamá.

Generaciones, el paso del tiempo

Pedro Bueno

Es un hombre polifacético, profesor de inglés, de los que es casi un amigo para los alumnos, actor de teatro, escritor, cantante (?), dibujante, activo en las redes sociales, pescador con más o menos fortuna, humorista..., pero sobre todo, padre.

A mis hijos.

Esta mañana hacía fresco, demasiado fresco tal vez. No sé cómo aquellos jóvenes de las tablas de «surf» estaban metidos en el agua sin más vestimenta que unos ajustados trajes de algo negro y muy viscoso parecido a las escamas de serpiente. Por otra parte, mucha gente paseaba en mangas de camisa y algunos, los más osados, se atrevían a tomar el sol despojados de la camiseta.

Yo tenía las manos heladas y por el cuello notaba cierta sensación de frío que hacía muchos años no sentía. Antes de salir de casa, vuestra madre me había puesto alrededor del cuello una bufanda gris y azul, una de éas que alguien me regaló pero que nunca me puse y que había permanecido guardada y sin estrenar hasta el invierno pasado, cuando lo de la pulmonía. Nada más salir del ascensor empecé a quitármela y, una vez había doblado la esquina, la bufanda gris y azul, debidamente enrollada, pasó a ocupar el amplio bolsillo de mi abrigo.

Sentía frío, pero no iba a ponerme una bufanda por nada del mundo. ¿De qué le había servido a mi amigo Manuel llevar siempre bufanda? Siempre abrigado y al final, una maldita afección de páncreas se lo había llevado hace unos meses. Y si no, Alberto, siempre cuidándose la tensión, y los resfriados, el azúcar y en enero le diagnosticaron cáncer de colon y se fue a la mierda en cuestión de semanas.

No. Desde luego no me iba a poner esa absurda bufanda gris y azul.

Pasadas las doce me senté en un banco. Se estaba muy bien. Era agradable ver pasar a los jóvenes. ¡Cuánta vida corría por esos cuerpos tan ágiles y tan insultantemente vivos!

Pasó un muchacho corriendo. Me recordaba a mí cuando yo tenía su edad. No llegaría a los cincuenta. Era un tipo regordete, sólido, contundente, un poco torpe y desgarbado quizás, pero de trotar voluntarioso y decidido.

Lo vi pasar y alejarse, lento, cadente, solemne. Recordé aquellos días en los que yo también solía dar mis paseos bajo este precioso sol de marzo. Fueron mis últimos paseos corriendo. Los pies ya empezaban a resentirse de tanto peso y tuve que cambiar de hábitos. Menos comida, nada de sal, ni una gota de alcohol.

Al principio lo llevaba bien. Era para vuestra madre y para mí casi un juego.

—Perico, ¿hemos perdido algo? —preguntaba ella incansable cada semana.

Pero Perico perdía poco peso. Vuestro padre nunca terminó de disciplinarse y vuestra madre mentía piadosamente diciéndome que me veía guapo.

Al cabo de una media hora aparecisteis los dos.

Cada uno me dio un beso y, apresurados, intentasteis contarme mil cosas que yo intentaba digerir no sin cierta torpeza. Demasiados datos. Demasiadas palabras.

Sé que tú, Rocío, me hablabas de tus hijos, de lo bien que les está yendo en el instituto, de que ya sabéis dónde vais a pasar las vacaciones de verano.

Tú, Pedro, me hablabas de tu trabajo, de que has vuelto a pedir una vacante en Austria, o en Australia, no recuerdo bien.

Pasó el tiempo muy rápido. Quería contestaros a todo y no encontraba las palabras a tiempo. Mi cabeza nunca fue un prodigo de agudeza, pero ahora, la verdad, es un verdadero desastre. Cada día me resulta más difícil recordar las cosas inmediatas y recientes, y sin embargo vienen obsesivamente a mi mente escenas de hace mucho, escenas que vuelven a dibujarse nítidamente después de haber estado congeladas en algún rincón remoto de mi cabeza durante años.

Me acuerdo de cuando nacisteis, de cómo fuisteis creciendo, de haberos enseñado a nadar, de haberos llevado de la mano, de haber disfrutado con vuestros abuelos y con vosotros de aquellos interminables domingos en el campo, de cómo a mi padre se le caían las lágrimas cuando os abrazabais a él antes de salir de su casa.

Me acuerdo mucho también de él. Del abuelo. De mi padre.

Y recuerdo como si fuera hoy aquella mañana en que, justo como yo ahora, él caminaba por el paseo con las manos entrelazadas en la espalda y el paso lento, muy lento, de los que no van a ninguna parte porque ya han estado en casi todas.

Aquel día yo estaba reunido con algunos compañeros de no recuerdo qué, tomando un café. Desde el interior de la cafetería lo vi detenerse y otear el horizonte. Tenía un poco de marino y guardaba, de los hombres de mar, ese inconfundible aroma a sal, a viento y a tristeza.

Estaba en la otra acera, la que linda con la playa. Mi primer pensamiento fue levantarme e ir a saludarlo pero alguien contó algo y todos rieron. Se sucedieron los comentarios ingeniosos y decidí que después, al rato, intentaría alcanzar al abuelo, a mi padre, con el coche. Él andaba despacio, muy despacio. No sería difícil.

Pero cuando terminamos la tertulia el anciano había desaparecido. «El Jefe», como solíamos llamarle, había vuelto a casa por algún camino inusual o alguien lo había

acercado o Dios sabe qué.

A los pocos días nos fuimos de vacaciones a una preciosa casa rural. No tuve «tiempo» de despedirme de él. Lo siguiente que supe de vuestro abuelo fue que estaba ingresado en una clínica malagueña con un derrame cerebral.

Pude coger su mano unos instantes antes de que dejara este mundo. Era aún una mano recia, varonil, curtida.

Tardé en olvidar sus facciones demudadas por la enfermedad. Tardé en olvidar aquella llamada cruel. Tardé en olvidar sus ojos cerrados y tiernos.

Pero jamás he olvidado ese momento que no supe atrapar, esa calle que no crucé, ese abrazo que no le di, ese maldito día en que me quedé sentado en vez de correr a su lado y decirle cualquier cosa.

Ahora soy yo el que intenta no perder de vista el mar porque ahí encuentro esa nada que me resulta fácil recordar, esa nada sin datos, sin nombres, sin teléfonos, sin rostros.

Y mis pocos recuerdos claros los guardo para vosotros que quizá, algún día, no tengáis más remedio que dejar al viejo en la otra parte del camino, con las manos en la espalda, el caminar sereno y la mirada... la mirada no importa dónde.

Carta a la hija adolescente que nunca he tenido

Ángel Castro Maestro

Persona serena, de las que saben escuchar y responder. Grande de cuerpo, pero aún más de alma. Maestro de apellido y oficio. Escritor incansable que acaricia con palabras y describe como nadie el alma humana, aficionado (y no por ello menos meritorio) director de teatro de base, es decir, con niños (el más difícil). Amigo. Pero sobre todo, padre.

A modo de brevíssima introducción, creo necesario aclarar que un padre lo es del menor que crece a su lado, aunque no haya contribuido a su concepción. Los padres, como carecemos no sólo del instinto, sino de los instrumentos físicos y psicológicos necesarios que tienen las madres, lo somos por pura vocación, cuando no por mero advenimiento, mas no nos importa. Así pues comienzo:

Querida Ana —tengo clarísimo que te hubieras llamado así—.

Querida Ana que estás en la crítica edad de la que más se ha escrito y en la que menos permanece uno. La infancia es mucho más larga y aunque el recuerdo es difuso, dicen que se mantiene indeleble. La juventud es más larga que la infancia y algunos la hacen llegar hasta edades completamente absurdas y ridículas. ¿Qué tiene de joven un podólogo —pongamos por caso— con consulta abierta, novia formal y dos hipotecas en sus espaldas, por muchos veintisiete años que tenga? La madurez, sin embargo, es un cajón de sastre, y la tercera edad... la tercera es otra historia para no dormir nunca más.

Querida Ana. La adolescencia apenas dura tres o cuatro años, pero es profunda, sentida, inolvidable... tanto, que ser adolescente es un estado de ánimo, una manera de estar, ser, tener y demostrar... cuatro verbos, cuatro acciones muy importantes para ese momento de la vida en que te encuentras tú.

No me he dado cuenta hasta ahora de cuánto has crecido y de cómo has cambiado, aunque tengas los mismos ojos y la misma media sonrisa de niña. No he podido estar a tu lado cuando no entendías lo que te pasaba, pero notabas que te interesaban cosas diferentes. Quizá no puedo explicarte que empiezas a querer volar, no sólo con la imaginación, sino también con tu personalidad. Empiezas a querer perderte un poco,

aunque sea por la casa o por los ámbitos conocidos para analizar bien esas cosas raras que te pasan por la cabeza y por el corazón. Y poder distinguir cómo, a tus maravillosos quince años, la soledad adquiere una nueva dimensión. Ya no sólo te quedas sola cuando las circunstancias de casa lo requieren, cuando todos los demás no estamos... ahora, algunas veces, te encanta buscar la soledad y encontrarla. Tanto, como otras te encanta lo contrario: que haya mucha gente y que se arme mucho ruido.

No podré constatar cómo te duelen las derrotas cotidianas y las extraordinarias. Cómo te fijas en que tu cuerpo está cambiando a grandes pasos. Me he perdido el nacimiento de tus formas de mujer, de tu carácter de mujer fuerte, el drama doméstico pero infinito de afrontar el acné, pero también de afrontar la vida desde la posición femenina. No he podido pasear contigo por tu pensamiento y por tus ilusiones, por tus aspiraciones y deseos. No he podido tampoco acompañarte cuando te enfadas y te crees que no hacemos otra cosa que mirar esos cambios que veo que no te gustan, de momento, porque te hacen ser, quizá, más vulnerable, más insegura y más evidente.

No sabes cómo siento perderme el día en que vendrás completamente enamorada por primera vez, el día que eches de menos a ese muchacho —el que sea— en medio de todos los instantes, en el filo de todos los relojes. Me perderé tus suspiros y tu sonrisa exclusiva para él, ésa que no podrás dedicarme a mí, aunque supieras que me gustaba. Me perderé la noticia, adivinada quizá, porque hay cosas que no han de explicarse, del primer beso de amor, del primer susurro y el tiempo interminable y hermoso de los suspiros.

No veré, tampoco, cuando tengas que sufrir el desamor y tengas que desandar hasta el olvido. Es verdad que me ahorraré tus lágrimas y tu angustia, tu sufrimiento, pero perderé también la ocasión de poder consolar tu tristeza y decirte que, seguro, ése no era tu amor, el bueno, ese que pasa y que va solamente dirigido a ti. Me perderé tus razones, tus argumentos de adolescente enamorada. Me perderé tus preguntas y la hermosura de buscar juntos las respuestas, las mariposas en el estómago de verte amorosamente intranquila, delicadamente ansiosa. Ni sufrir la desazón de no saber lo que te pasa, aunque no pueda hablarlo contigo.

Ana, tampoco estaré en tu primera fiesta nocturna. Ni disfrutaré del momento en que te subas a esos primeros tacones, tan altos como os gustan y te enfundes la indumentaria de fiesta. No tendré motivos para bromear contigo si te pintas mucho o no, si te arreglas o no... Ni de tu primer viaje sola, con las maletas repletas de proyectos y de intenciones. No podré despedirte desde un andén o desde un odioso aeropuerto el día que decidas irte a estudiar lejos y sentir que en ese momento, en ese preciso momento vuelas para el resto de tu vida, porque ya sólo volverás en vacaciones a alegrar nuestra casa, a airear nuestra vida de adultos añosos y quizá maniáticos de nuestras propias manías disimuladas como caprichos para no parecer que somos ya mayores... pero lo que más me duele es no asistir a la evolución de tu carácter y a la forja de tu personalidad como mujer fuerte, determinada, resistente, que no esconde las emociones pero que las

gestiona admirablemente. La mujer que yo esperé siempre que fueras. Y perderme el poder discutir contigo, de igual a igual, de admirar, que significa «mirar hacia» tu punto de vista y de admirarte. De dejar que me asombres con tu luz, aunque pueda parecer contradicción ese juego de sombra y luz... y a terminar dándote un abrazo... ¡Cuánto echo de menos un abrazo!

Querida Ana. No podré comprobar cómo te desborda la generosidad con todos... especialmente con tu madre, a la que haces cómplice, ejemplo y referencia. Nunca te abrazarás a mí por sorpresa, ni me llenarás de besos por cualquier tontería, ni te haré gracia, ni cosquillas, ni te contaré cuentos para dormir, como tampoco pude contártelos como a tus hermanos cuando eras pequeña, ni harás de rabiar a tus hermanos o les harás la boca agua cuando te oigan cantar, cuando te vean sonreír, tan guapa.

Tampoco podré entristecerme al ver, al darme cuenta del día en que aprendiste, por mor de la vida, a mirar hacia otro lado, a tener que sonreír mientras tienes ganas de llorar, a conceder cierto margen social a la hipocresía, cierta consideración al disimulo, ciertas contemplaciones y convenciones a las que, de pura, hermosa y contundente adolescente, no hubieras dudado en despreciar y cerrarles la puerta en las narices

Nada de esto harás, Ana, que no viniste a ser el huracán de nuestra vida. De la de todos nosotros. Y esta carta es, en ningún modo una queja, sino todo lo contrario. Una constatación de que, si además de los que somos, hubieras estado tú... todos, tú también, seríamos más completos.

Tu padre.

Carta a mis hijos

Wenceslao Peñate

Catedrático de Psicología, amigo entrañable, de los que en una frase te resume toda la marabunta de pensamientos que uno tiene, conferenciante ameno, investigador práctico e incansable, pero sobre todo padre.

De su carta me gustó que sus mensajes coincidieran tanto con los míos, reafirmando mi sospecha de que los padres somos una especie cuyos miembros son muy parecidos en sus hábitos y pensamientos, pero, sobre todo, me encantó ese uso del usted que, como buen canario, usa al dirigirse a sus hijos.

Hola a los dos. He decidido hacer la carta conjunta porque creo que lo que puedo decirle a uno también lo puedo hacer con el otro. Sé muy bien que, a pesar de cierto parecido físico, los dos son psicológicamente muy distintos y les encanta serlo. A mí también me gusta que lo sean. Pero también se parecen en otras cosas y en algunas de ellas no estamos de acuerdo.

Ser padre es sin duda mi experiencia más bonita y la que más me ha ilusionado. Entiendo ahora muy bien este «truco» biológico de la descendencia. Estamos «bien programados». Estamos bien preparados para ser padres biológicos, pero no tanto para ser padres «psicosociales».

Les he visto crecer y ha sido todo un placer compartir todo este tiempo y todo el inmenso tiempo que nos queda juntos. Pero he de reconocer que, a medida que han ido creciendo, a medida que han ido creando sus propias identidades, también se han incrementado las dificultades en la relación. No he tratado de ser modelo de nada (a pesar de hacer referencia a mi persona en alguna ocasión), ni he tratado de hacerlos a mi manera. Sé que en esta parte no lo habré hecho bien, porque con alguna frecuencia les habré reprochado que no hicieran las cosas como a mí me gustaría, sin tomar en cuenta qué es lo que los dos querían hacer. Pero me ha costado entender esa tendencia al hedonismo (uno más que el otro), esa impulsividad de buscar la satisfacción inmediata (otro más que uno), esa falta de «conciencia» de saber qué es lo importante en cada momento. Ésa es mi mayor insatisfacción como padre.

Mi preocupación, como la inmensa mayoría de los padres y madres, es cómo será el futuro, especialmente cuando ya no estemos. Ése ha sido posiblemente el criterio por el que me he guiado y por el que me sigo guiando en relación con los dos. A partir de ahí hemos tratado de educarlos como buenos ciudadanos («con educación se llega a

cualquier lado»), respetuosos («no discriminar a nadie por ninguna característica personal»), solidarios («no se puede ser feliz si no lo son los que nos rodean»), con sentido del humor («no tomarse a uno mismo en serio»), socialmente justos («compartir con los demás») y competentes.

Creo que nos podemos sentir orgullosos de casi todas esas cosas que hemos tratado de fomentar en los dos, pero a veces he echado en falta la solidaridad con nosotros mismos: algunas veces los hemos visto egoístas e interesados sólo en lo de cada uno y no en lo que era bueno para la casa, y hemos echado en falta la competencia en el estudio. Nuestra preocupación por el estudio, porque se orientaran bien y obtuvieran un buen rendimiento, tenía que ver con esa idea de verlos bien en un futuro, pero hemos de reconocer que en más de una ocasión no lo hemos logrado.

No hemos interferido en cómo visten, cómo llevan el pelo, qué ideas tienen, con qué amigos salen. Sí es cierto que nos hemos preocupado por temas de salud y algunos aditamentos no los hemos permitido, y que muchas cosas que han querido las hemos hecho *contingentes* al rendimiento académico, pero en general creo que hemos sido y somos muy tolerantes. A cambio pedíamos excelencia en el estudio, con la idea de que esa excepcionalidad de ser como son no les perjudicara en un mundo muy competitivo. Después podrán decidir qué es lo que quieren, qué tipo de vida prefieren, pero desde un nivel en el que todos los tipos de vida estén disponibles. No tratamos de imponer un modelo elitista, un modelo arribista, en ningún caso, sino que tratamos de que estén en la mejor disposición de acceder a los recursos sociales y personales. Si después deciden hacerse ermitaños, cantantes callejeros o bailarines de danzas eslavas, adelante, pero a sabiendas de que han podido decidir cualquier otra opción.

Sé que hacen muchos esfuerzos, pero con frecuencia la competencia en el rendimiento académico se ha visto relegada por el ocio, el tiempo libre, el deporte o la música (por supuesto, Internet y los videojuegos). No hemos logrado al día de hoy hacerlos ver que esa competencia no es una satisfacción como padres, no es una imposición, sino un modo de tranquilizarnos de cara al futuro, de saber que van a tener buenas oportunidades y que la vida les será de provecho. Que serán lo más felices que puedan. Vamos a seguir empeñados en hacerles ciudadanos competentes, no competitivos (no compararse ni limitar el desarrollo de los demás), porque es lo que más nos tranquiliza y lo que más nos satisface como padres.

Hay una razón más, nos interesa socialmente tener hijos competentes. Mostrar que esa competencia no está reñida con la solidaridad, los deseos de justicia social, la educación y el respeto. Porque por encima de todo lo que más nos encanta de los dos es esa visión social que tienen de la vida, la necesidad de compartir con los demás, el sentirse felices cuando los demás lo están, el no olvidarse del amigo menos afortunado, el ayudar al colega que lo necesita. Y todo ello con la máxima educación y con el máximo respeto hacia los demás (me encanta cómo hablan y el trato que tienen con las personas de cualquier edad y condición).

Pero lo que más me encanta, y me seguirá encantando el resto de mi vida, es poder ir a sus camas cuando están dormidos (¡o se hacen!), poder abrigarlos y darles un beso. Y por la mañana observar que aún siguen ahí.

Son un tesoro. Un beso.

Amor-exia

José Luis Rubio

De mi amigo José podría decir muchas cosas, tantas como años que nos conocemos, pero seguramente, lo mejor que puedo decir es eso, que es mi amigo. Amigo con letras mayúsculas, amigo, no conocido, de los que puedes pasar años sin tener noticias, pero que sabes que, si lo necesitas, estará ahí, sin pensárselo, dándolo todo.

Amante del mar, de los silencios compartidos, pero sobre todo padre.

A la sazón lo que sigue no es una carta, son «retales» de sentimientos, que se han ido escribiendo con la esperanza de que fuesen leídos algún día. No, no es una carta tradicional, pero no lo dudé. Estos trozos de alma debían estar en esta obra... leedlos y lo comprenderéis.

Dedicado a mi hija María y a todas las personas con trastornos de alimentación.

*La flor más fea en un jardín puede ser
la más bonita en un desierto.*

También lo dedico a los padres de los afectados, para que no sientan miedo por sus pensamientos.

El camino es tortuoso, que siempre te guíe el amor.

Cartas a mi corazón

Hace mucho tiempo que tengo necesidad de expresar mis pensamientos; sin embargo, no sabía cómo hacerlo sin molestar o herir los de mi hija.

Toda obra escrita, novela, poesía, carta, etc., se elabora con el fin de ser leída, yo sé que todo el que escribe un diario lo hace con intención de que alguien (no todo el mundo) lo lea y de alguna manera sentirse comprendido.

Mi diario

La primera vez que entendí lo que era el amor de verdad fue cuando nació mi hija. Con veinte años, un niño con ganas de sentirse adulto, crees saberlo todo y te parecen tan lejanas las cosas que te cuentan los viejos. ¡Qué iluso!

Ahora con cuarenta y uno he perdido la memoria del tiempo, simplemente pasa y te sientes como en la cima de una montaña rusa a punto de caer, cuando empieza aumenta la velocidad y no hay vuelta atrás.

De repente la tenía en la palma de mi mano derecha, la ocupaba toda: una gamuza suave y sonrosada con los ojos tan abiertos que alumbraban mi alma.

El médico me dijo sentirlo mucho, «no sé cómo me he equivocado». Me aseguró, aseveró y perseveró durante todo el embarazo de mi mujer y tras muchas ecografías, que se trataba de un niño. Lloraba tanto de alegría, nació tan de repente en mi interior la necesidad de amar, proteger y jugar con esa criatura tan perfecta y bonita que no me importó en absoluto el error facultativo.

Hace tanto tiempo que no siento amor por nada, puede que sea una depresión ahora tan de moda. No, el problema es que todo mi amor lo tengo ocupado en esconder el odio que siento por una enfermedad que no entiendo y que lucho día a día por entenderla, LA ANOREXIA Y LA BULIMIA.

Cómo he gozado viéndola crecer, orgullosa, independiente, brillante en sus preguntas y sobre todo en sus respuestas. Nunca creí que una enfermedad como ésta me la usurpara tan vilmente. Una pandemia de moda, impuesta por la necesidad consumista de la sociedad, machacando de forma subliminal o directamente, con los medios de comunicación, a las mentes más débiles o más susceptibles de ser manipuladas. ¿Cómo pudo afectar a María?

Al contrario que los padres superprotectores, que no dejan a sus hijos ser autosuficientes hasta que no tienen más remedio, nosotros pensábamos que cuanto antes aprendiera las cosas fundamentales, mejor le iría en la vida.

Una de las preguntas que a diario nos hacemos mi mujer y yo es ¿en qué nos hemos equivocado?

No quisiera herir ni hacer sentirse culpable a mi hija al expresar mis sentimientos, sólo espero que, fundamentalmente, le sirva de apoyo o por lo menos que en algún momento, dentro de ese mar de laberintos, vea nuestro faro.

Mi amiga la mar

Quiero ser tu guía, te veo tan perdida, tan apagada tu luz en ese océano negro y tormentoso, te acercas tanto a los acantilados, siempre de noche y con una vida que sopla tan dura como el viento más terrible. Necesito ayudarte pero sólo soy un faro, una referencia a seguir y mis cabos son cortos, tan cortos.

Qué cansado me siento, qué odio experimento por todo aquello que te ayudó a

embarcarte y qué odioso se me hace este mar que quiebra tu voluntad.

A veces deseo tanto que se hunda el barco que no me siento persona. Vosotras, las enfermas, sabéis mejor que nadie lo que es tener momentos malos.

En ocasiones me despierto en la noche y me encuentro a mi mujer llorando, sentada en la cama, llorando por lo que más quiere una madre, llorando de impotencia, de impaciencia, de ignorancia, y a mí no me quedan palabras. Se me acaba el consuelo y someto de forma odiosa a la paciencia. Son las cinco o las seis... de la madrugada... de cualquier día... mi hija no ha llegado.

No creo que ninguna dolencia te haga aflorar tal explosión de sentimientos, pasas del amor al odio con tal rapidez que llegas a no discernir en qué momento te encuentras. He llegado a la conclusión que todas las personas involucradas o que intentan ayudar a los afectados, terminan de algún modo reaccionando del mismo modo que ellos, amas odias, deseas rechazas, lloras ríes, todo tan efímero que te imposibilita ser feliz.

La oruga quiere ser mariposa

Sin lugar a dudas, no se trata de un simple trastorno alimentario, es más bien una ensalada de trastornos, pubertad más bombardeo publicitario, poca conciencia crítica, en definitiva una auténtica bomba activada.

Lleva dos horas encerrada en su cuarto eligiendo la ropa que ponerse para salir, ni en las películas policíacas, cuando registran la habitación buscando el microfilme, se aprecia tal desorden.

Ahora pasa al cuarto de baño, el agua corre durante dos horas y media, ¡por fin sale!, alada sobre sus tacones, perfecta, maquillada hasta el aliento, borrada toda huella de enfermedad. Mi mariposa nocturna con polvo en las alas de Margaret-Actor.

En realidad no son más que orugas que desean ser mariposas, pero no han construido el capullo, no han sido crisálidas.

Si los espejos hablaran, como el de la bruja en *Blanca Nieves*, hace tiempo que el genio se habría cortado las venas. Si las básculas se gastaran por el uso, en mi casa habría que comprar una todos los días.

Los deseos inalcanzados

Dios mío, ayúdame, te necesito, hay alguien dentro del huevo y no puede salir.

La anorexia te deja anclado en esa etapa en la que se confunde el deseo con la necesidad y te impide crecer. Todo se convierte en «deseo», deseo ser... deseo tener... deseo a... Qué obsesión tan dañina y qué difícil salir cuando los deseos no conseguidos se convierten en miedos, en fobias.

La fuerza de voluntad hace de estas enfermas su credo, su código a seguir, su religión. Por encima de todo, de las flaquezas, de los consejos, no existen metas que no puedan superar con su fuerza de voluntad.

Resulta increíble lo que pueden llegar a hacer por perder peso, se imponen objetivos y los consiguen: Hoy un poco menos, mañana menos, nunca terminan, nunca se sienten realizadas, nunca son felices, sólo ellas lo saben.

Cuando la voluntad se pierde, normalmente tras los desmayos, pérdidas de conciencia tras los ejercicios, un cuerpo demasiado al límite, entonces comienza el verdadero infierno: la bulimia.

«Necesito comer para que no me vuelva a pasar, pero no quiero engordar.»

Todo por lo que habían luchado, todo lo que se habían prohibido, su código va a ser INCUMPLIDO.

Los alimentos que anteriormente habían sido catalogados como hipercalóricos, al tomarlos ahora les hace sentirse defraudadas, sucias, «gordas» infractoras; en definitiva, infelices.

Sus mentes se convierten en un flujo de ideas flagelativas. «Necesito comida», necesitan un atracón de odio y necesitan vomitar todo el odio que engendran. «¡Qué enfermedad tan degradante!»

Nuestras secuelas

Conocemos cada día más los síntomas, los efectos y los trastornos que la anorexia y la bulimia causan a los enfermos, pero se desconocen las secuelas que dicha enfermedad deja a los familiares involucrados.

El primer sentimiento que te asalta cuando descubres la enfermedad en un hijo es la incredulidad. Mi hijo no puede caer en esa tontería, cómo se va a dejar convencer por los modismos consumistas.

Cuando realmente te das cuenta de que es una víctima, la incredulidad se convierte en culpabilidad; comienzan las preguntas, ¿en qué nos hemos equivocado?, ¿cómo no me he dado cuenta antes?. Lo peor de la culpabilidad es la inmediatez con que buscas y achacas los errores a tu pareja.

Cuando te involucras en el problema, «tenemos que buscar soluciones», generalmente ocurre porque el enfermo te pide ayuda, llega el sentimiento de incomprendición. No puedes entender lo que los profesionales te cuentan al respecto del comportamiento de estos enfermos, y al final comienzas a hilar, a comparar, y te das cuenta de que no estás solo, eres uno más.

La secuela más dolorosa que te queda es la desconfianza. El descubrimiento a diario del engaño te mantiene siempre en guardia, sin fiarte. La tensión te corroe y llegas a dudar de tu pareja, de la familia, hasta de tus propios pensamientos.

La presión es tan grande que a modo de escape, para evitar discusiones comienzas a permitir al enfermo pequeños engaños, permisividad que cada vez va aumentando y que al final no puedes controlar.

¿Quién nos reparará las horas de insomnio? Si contásemos las horas que no puedes dormir, que te despiertas en la noche, que saltas de la cama al oír un teléfono, si escribiésemos en un papel los sentimientos que produce la espera. ¿Qué puede calmar todo esto?

¿Quién reparará las secuelas que dejan la falta constante de respeto, la ignorancia, el desprecio, la falta de orden, la interminable egolatría en la que se encuentran inmersos estos enfermos?

Podría enumerar cientos de secuelas y ninguna agradable, os lo aseguro. La única que he encontrado, más bien inventado, tiene sabor agridulce, como cuando pierdes la mano en accidente donde podrías haber perdido la vida: la he llamado **Amor-exia**. Es la lucha constante entre el amor que sientes por el hijo y el odio que genera la patología.

¿Qué soluciones tenemos?

Lo fundamental es ponerte en manos de profesionales, que te harán hincapié en lo que todo el mundo te recomienda: mucha paciencia, mucho amor, ponerte en lugar del enfermo.

Resulta muy gratificante escuchar a otros padres, a gente que ha superado el problema, leer y aprender sobre el tema, pero «qué difícil y qué largo se te hace».

Yo necesito salvar a mi hija, son mis sentimientos, es mi verdad.

Lo fundamental es dejar pasar el tiempo y amar ese tiempo, pero sin olvidar que los que te quieren, tus familiares y amigos, también te necesitan.

Mi hija aún no se ha curado, espero y desearía verla restablecida pronto, mi amor no flaquea, pero mi mente y mi corazón se debilitan.

Especial mención de agradecimiento a las madres, padres y voluntarios de los grupos de autoayuda de la asociación ADANER, y muy especialmente a Lola, la psicóloga de la clínica Nilo, y a las niñas que acompañan a mi hija en esta enfermedad.

Érase una vez...

Andrés Hamido

Lleva trabajando y comprendiendo a niños adolescentes más de la mitad de su vida. Es de esos profesionales que tienen el DON. El don de hacer fácil lo que para otros es imposible. De llegar al niño que tiene enfrente como si fuese lo más sencillo del mundo. Andrés se ha creado a sí mismo con una fuerza de voluntad que sólo es comprensible cuando uno conoce su historia. Es pedagogo, conferenciante, educador, pero sobre todo, padre.

Érase una vez un chico corriente que vivía en un barrio corriente de una ciudad corriente. El joven era risueño y optimista, disfrutaba jugando en la calle, cazando pájaros en el viejo molino y corriendo aventuras con sus amigos en el río que había cerca de casa, a pesar de que casi siempre estaba seco. Tenía 14 años y vivía con su madre y su hermano menor; su padre había fallecido en un accidente de tráfico cuando él tenía 4 años y desde entonces su madre ejerció de padre y madre para sacar adelante a los dos hermanos.

El chico era buen estudiante, y una tarde, mientras estudiaba para un examen de matemáticas, se percató de que tenía un pequeño bullo en el cuello. A pesar de que no le dolía, se lo contó a su madre, que, como es lógico, se preocupó en exceso (afortunadamente).

Tras una primera consulta con su pediatra, comenzó un periplo por todos los médicos de la ciudad. A pesar de que todos los médicos le quitaban hierro al asunto («No se preocupe, señora, que eso no es nada», le decían), ella hizo caso omiso de las indicaciones de los médicos de su ciudad y decidió buscar una segunda opinión. Tras informarse de las diferentes alternativas decidió ir a Pamplona, ciudad que contaba con una opulenta y costosa clínica privada puntera en oncología.

Dicho y hecho, cogieron sus maletas (pequeñas porque pensaban estar un par de días) y se marcharon a la capital navarra. Allí estuvieron varios días, en los cuales le hicieron toda clase de pruebas y finalmente le dieron el diagnóstico: linfoma centroblástico.

«¿Qué es eso?», preguntaron asustados.

Es un «linfoma maligno en las células linfomatosas que se agrupan en nódulos identificables dentro de los ganglios linfáticos. Los nódulos imitan a los centros

germinales de los folículos de los ganglios linfáticos y representan la proliferación neoplásica de los linfocitos centrocelulares».

«¿Y qué es eso?», preguntaron, ahora aterrados.

«Eso es algo muy malo, que debe ser tratado con quimioterapia durante un año», le respondieron.

Ante tan repentina y nefasta noticia, abandonaron la habitación que habían alquilado y se trasladaron a una casa de alquiler en el barrio de San Juan. Durante los meses siguientes estuvieron viviendo entre la casa y el hospital; recibiendo tratamientos durísimos de quimioterapia que lo dejaban postrado en la cama durante días. Su madre estuvo siempre junto a él, padeciendo cada uno de los tratamientos como si se los pusieran a ella.

De vez en cuando recibían la visita de algún familiar o la carta de algún amigo, pero el calvario lo pasaron juntos madre e hijo.

Afortunadamente los tratamientos fueron efectivos y la historia acabó bien; después de un año los dos regresaron a casa sin el dichoso linfoma centroblástico.

Pasaron los años y el joven creció, maduró y se casó con su novia de toda la vida. Por aquellas fechas su amigo Cruces tuvo una hija y cada vez que hablaban, éste le recordaba: «Andrés, algún día, cuando seas padre, valorarás y entenderás lo que tu madre hizo por ti cuando estuviste enfermo». El joven, ahora adulto, siempre le respondía: «No hace falta que tenga un hijo, yo valoro mucho todo lo que mi madre hizo por mí».

Siguieron pasando los años, el joven tuvo un hijo y las palabras de su amigo Cruces vinieron a su mente y empezaron a tener sentido.

A Naybet por hacerme mejor persona cada día y por haberme permitido valorar la magnitud del amor de mi madre.

Posdata: Imagino que cuando leas esta carta por primera vez aún no serás padre y no llegarás a entender el verdadero sentido de la misma. Por ello, sería bueno que volvieras a leerla cuando tengas la suerte de tener tu primer hijo.

Preguntas de niños

Severiano Gil

Escritor conocido (si tuviera nombre inglés y hubiese nacido en Estados Unidos, sería consagrado), ya lleva 15 obras editadas entre novelas y ensayos. Tertuliano, escritor de telenovelas, cuando lo ves sentado en la terraza de un café, uno se imagina un personaje de García Márquez. En esta ocasión, Seve no me entregó una carta, ni siquiera un escrito sobre adolescentes. Su relato nos presenta una futura adolescente que, a sus ocho años, nos sitúa (a nosotros, los padres) en una situación (aprieto) en la que muchos nos reconoceremos. Seve es historiador crítico, conocedor de lo que habla, poeta, periodista, pero sobre todo, padre.

—Papá, ¿el Niño Jesús era español?

Óscar miró primero a su mujer, y luego a su hija, que, asida a las manos de ambos, continuaba con la cara alzada, esperando la respuesta.

—¿Español...? ¡No, cariño, no; el Niño Jesús vivía en Palestina... en Tierra Santa.

La mirada de Maite, su mujer, volvió de nuevo a la contemplación del belén situado en la plaza de España, y alzó un dedo enguantado para señalar a la niña algún detalle del nacimiento; pero Cristina no prestó atención.

—¿No era europeo, entonces?

El padre negó lentamente, y la madre dejó en el aire su gesto para mirar al marido con una pregunta en los ojos.

—No, palestino, y no *era*, cariño, sino que es, porque el Niño Jesús...— iba a decir que Jesús estaba vivo, pero se arrepintió, recordando la cruz que presidía el dormitorio de su casa.

No quiso pedir auxilio a Maite, entre otras cosas por no perderse el protagonismo en aquellos momentos mágicos. Había sido una decisión unánime: dedicar la tarde a echar la carta de los Reyes y, a la vez, un disimulado vistazo a los escaparates de las tiendas, para poder hacerse una idea de cuánto iba a costar el estipendio en regalos aquellas

Navidades.

—Palestino..., ¿y eso dónde está?

—Eso, en Oriente Medio.

Los ocho años de Cristina daban para mucho; era una niña muy inteligente, se lo decía continuamente la tutora del curso, por encima de la media, insistía, olvidándose de que repetía lo mismo a los padres de las tres cuartas partes de su clase, por lo que no sabía a qué media se refería la buena profesora en realidad.

—¿Entonces, por qué de mayor lo mataron los romanos?

Maite tuvo que sonreír, disimulando su interés por el belén de gran tamaño que adornaba la plaza más importante de la ciudad.

—Porque, en aquella época, Judea era una provincia romana.

Cristina parpadeó, fijando la vista en un pastor que portaba a hombros una oveja, en dirección al portal.

—¿Y Palestina?

—También, es lo mismo. Palestina viene de *Phalastina*, la tierra de los filisteos.

Óscar no pudo reprimir un gesto de satisfacción al salir del paso tan holgadamente, y su mujer le admiró por sus conocimientos.

—Filisteos— masculló la pequeña—, ¿como Goliat?

—Como Goliat.

Maite se situó frente a la chica para abrocharle bien la trenca y resituarle la bufanda que evitaba un enfriamiento; y sus ojos castaños, exactamente iguales a los de su hija, recorrieron con verdadera admiración el rostro angelical, un rostro que, el día de mañana, sería hermoso, pero que, además, estaría protegido por una inteligencia ciertamente desahogada.

—Pero ¿Jesús no era descendiente de David, el que mató a Goliat?

Los dos, padre y madre, no pudieron por menos que enorgullecerse de que una niña como Cristina, de apenas ocho años, fuese capaz de establecer aquella relación un tanto compleja, sobre todo teniendo en cuenta las carencias del sistema educativo en lo referente a historia antigua. Acabaron mirándose ambos, y Óscar fue capaz de salir

adelante con un comentario.

—Sí, hija, sí, que siempre han andado allí de gresca...

Maite, con el gesto, le dijo que ya era bastante rato de contemplación de aquel teatro inerte; quedaba una hora para que cerraran las tiendas, y, aunque en aquella ciudad no había excesivas distancias, deberían apresurarse si querían verlo todo.

—Entonces, el Niño Jesús era..., *es* —se corrigió— descendiente de los que guerreaban en contra de los filisteos, digo..., de los palestinos.

Narices con las preguntitas, pareció decir la expresión de él; aunque, mientras simulaba observar vigilante el tráfico antes de cruzar la calzada, pudo planear la respuesta más adecuada.

—Sí, bueno, el Niño Jesús era judío, descendiente del rey David, pero...

Fue Maite la que echó a andar primero, manteniendo su unión por medio de las manos de la niña, que se esforzaba en caminar con la cabeza vuelta hacia el padre, pero sin deshacer el enlace con ambos progenitores.

—Y si nosotros celebramos su nacimiento es porque el Niño Jesús era bueno.

—¡No va a ser bueno, nena! —se vio obligada a intervenir Maite—. ¡El Niño Jesús es el mismo Jesucristo, el que murió por todos nosotros en la cruz! —tuvo que acelerar ante la embestida de un automóvil especialmente presuroso que hizo caso omiso del paso de cebra.

—Entonces, si era judío, ¿el Niño Jesús no era cristiano?

Una vez en la seguridad de la acera, Óscar se volvió, iracundo, hacia el vehículo, que ya se perdía entre decenas de otros similares, conducidos por desesperados en busca de un hueco donde aparcar.

—Pero, Cris, cariño —fue Maite la que afrontó la respuesta—, ¿cómo va a ser cristiano, si los cristianos no existían entonces? Los cristianos son los que, después de su muerte, siguieron sus enseñanzas.

—¿Los judíos que le siguieron?

—Primero fueron judíos, luego fueron convirtiéndose los demás, incluso algunos de los filisteos, los palestinos de ahora, que por eso hay muchos que son cristianos.

La sonrisa de la madre se encontró con la de su marido, y ambos esbozaron el mismo gesto de cejas alzadas y breve resoplido, que ilustraba a las claras la perplejidad de los

dos ante el derroche preguntón de su única hija.

—Pero en la tele sólo salen palestinos musulmanes... ¿Goliat era musulmán?

—No, mi vida, hija, qué lío tienes... —la expresión de Maite fue suficiente para que Óscar retomara el liderazgo y la responsabilidad de correr con las explicaciones—. Los musulmanes vinieron mucho después, cuando Mahoma creó otra religión y la llamó islam.

El primer escaparate les abrió los ojos, a los dos adultos, sobre los precios de los juguetes de moda, una docena de los cuales figuraban en la lista de apetencias de Cristina, y la madre comenzó a hacer cuentas de lo que iba a costar hacer realidad la ilusión de la pequeña.

—Entonces..., ¿Jesús era israelí?

—Israelita..., judío, hebreo..., que no es lo mismo; aunque... —miró él a Maite—, bueno, sí, si hubiera nacido ahora, hubiera sido israelí seguramente...

—Y vivía en Oriente.

—Claro, en Oriente Medio.

Los precios se habían disparado, como siempre por aquellas fechas, y sólo dos de los juguetes pedidos por Maite sumaban más de setenta euros, *menuda...*

—Entonces, ¿por qué se dice que los Reyes vinieron de Oriente?

—Porque llegaron desde más allá, del Oriente Lejano.

—¿De la China?

—Sí.

El gesto de Maite era más que elocuente; ya había tomado nota, y se apartaron del comercio profusamente iluminado sin que la niña prestara demasiada atención al muestrario de regalos ofertados.

—Pero en la China no hay negros, y los otros dos reyes tampoco son chinos...

Óscar llegó a resoplar, pero pudo disimularlo como uno más de los gestos generados por el agobio de ver la acera llena de gente.

—Bueno, es que, en realidad, no eran de la China, sino de Babilonia, que, como está al este de Palestina, es decir, al Oriente...

Sabía de sobra cuándo la forma de sonreír de Maite quería decir algo, y su mujer se lo estaba pasando en grande con el interrogatorio de la niña. Formaba parte, en realidad,

de la sucesión de gestos rituales de la Navidad; disimular mientras se buscaban los juguetes; pasear, bien abrigados en la tarde-noche húmeda de diciembre, sentir el calor de la mano de la pequeña, a salvo entre los dos adultos que la querían...

—¿Y por qué le trajeron regalos al niño Jesús?

—Es un símbolo, cariño, una forma de reconocer la soberanía y la grandeza de Jesús como el rey del mundo.

—Pues si el rey del mundo es judío, ¿por qué los palestinos no quieren ser judíos?

—Porque son musulmanes —se esforzó Óscar en que el tono de su respuesta fuera anodino y neutro, como correspondía a la línea de educación que ambos, Maite y él, consideraban adecuado en una ciudad plural y multiconfesional como aquélla.

—¿Los musulmanes son tontos entonces?

—¡Nena, por favor, no debes decir eso! —Maite no pudo reprimir su respuesta, un tanto violenta para sus patrones cuidadosos en lo tocante a educación de la niña—. Nadie es tonto por tener una u otra religión; hay que respetar a todo el mundo.

—Pero a mis amigos musulmanes los Reyes Magos no les traen nada.

La mirada de ella fue más que explícita, y debieron detenerse frente a otro de los escaparates donde se exhibía una interminable colección de juegos de mesa de los que Cristina, por indicación de ellos dos, había elegido en sustitución de un guerrero espacial poco aconsejable para una niña de ocho años.

—Porque creen en otra cosa.

La respuesta de Óscar se perdió en el trágago de las cifras escritas en las etiquetas; no podía ser, ¿cómo iban a costar tanto si, durante el verano, los habían visto a mitad de precio en unos grandes almacenes?

—Pues yo prefiero creer en los judíos.

—En Jesucristo; por eso nos llamamos cristianos. Jesús es el hijo de Dios —fue Maite la que respondió, volviendo a resituar con habilidad la bufanda de modo que mostrara la etiqueta del diseño.

—Dios es entonces judío también, ¿no?

—¡No! —Maite pidió ayuda a su marido, y fue éste el que cogió la vez.

—Bueno..., el concepto, la primera idea, sí; pero... Dios no tiene nacionalidad, ni religión.

—¿Y por qué nosotros sí?

Los ojos de Óscar gritaron la palabra *¡harto!* más que elocuentemente, ante la risa disimulada de su mujer; pero la expresión siguiente de ella dejó a las claras que había dado con la clave para frenar, si no interrumpir de una vez, el chorro inquisidor de su

hija.

—Pues para que los Reyes te traigan regalos, como a todos los niños cristianos, digo, católicos.

Ya pasaban los ciento treinta euros, y no habían visto más que la mitad del pedido de aquel año; suerte que el sobresuelo de funcionario de ambos les convertía en lo suficientemente resistentes económicamente como para hacer frente al dispendio sin demasiado menoscabo de la economía familiar.

—Ah, ya —Maite concedió un respiro a sus padres, meditó durante un largo y benéfico minuto y, alzando de nuevo los ojos hacia Óscar, le agitó la mano para llamar su atención—. Oye, papá; ¿podríamos echar también esta carta al buzón de los Reyes? Es para una amiga.

—¿Una amiga?, claro, ¿quién es?

—Rachida.

—¿Rachida, la hija de Turía? —Maite se esforzó por distinguir los trazos de caligrafía escolar en la carta que Cristina había sacado del bolsillo de la trenca—. ¡Pero si ellos son musulmanes!

—Ya, por eso; es que me ha dicho que quiere tener regalos también, y como a nosotros, los cristianos, los Reyes sí nos hacen caso...

—¿Lo sabe su mamá, Cris? —Maite miró, inmediatamente después de la pregunta, a su marido, que gesticulaba un silencioso gesto afirmativo con la cabeza que no quería decir nada.

Cristina negó una vez, brevemente, y continuó esperando la respuesta con sus ojos de niña inteligente *por encima de la media*; que, a pesar de todo, seguía creyendo en los Magos.

—Pues... mira, no sé; a lo mejor no pueden...

Lo único que faltaba, comprar un regalito para la amiga también...

—¿Los regalos son sólo para los que creemos en Jesucristo?

—Sí, cariño..., bueno, no —la expresión de Maite era de un claro *¡socorro, por favor!*

—No, mira, nena —la voz de Óscar se hizo calmada—; las cosas no son tan fáciles; cada cultura y cada religión tiene sus costumbres desde hace tiempo, y entre las nuestras está la de que los Reyes Magos y Papá Noel traigan regalos a nuestros hijos...

—¿Los padres musulmanes quieren menos a sus hijos entonces?

¡Puñetas con la niña, sí que lo estaba poniendo difícil!

—No, mujer, tampoco es eso; lo que pasa es que, entre sus costumbres y sus... Lo que ocurrirá es... —tuvo que improvisar— que no saben que hay que escribirles para que te traigan los regalos...

—¡Pues entonces...! —se encogió de hombros Cristina, contenta de haber hallado la solución—. Entonces, Rachi tendrá suerte: le echamos la carta nosotros, ponemos nuestra dirección y, el día cinco por la noche, pondrán sus regalos junto con los míos...

Los dos padres se miraron, presos en la celda de ilusionado amor educativo por su hija.

—Bueno, sí, tienes razón... ¿Y qué me has dicho que ha pedido tu amiga Rachida...?

—No es mucho, es sólo un juego de la *Play* que le hace mucha ilusión..., un juego que nos gustaría tener para poder jugar las dos, porque es de...

Cuarenta o cincuenta euros más, como mínimo, pensó Maite.

—Y ahora que caigo —siguió la niña—, me gustaría que a mi amiga Raquel le trajeran también algo porque, aunque es judía, también es española, como Rachida y yo... —no iba dirigido a nadie el comentario, pero Óscar lo oyó, y no necesitó intercambiar siquiera una mirada con su mujer para saber lo que estaba pensando.

—Sí, cariño; creo que tienes razón; aquí, en Melilla, los Reyes traerán regalos a todos los niños, sean cristianos, judíos, musulmanes, hindúes o budistas, por supuesto —miró al final a Maite, buscando su aquiescencia y deseando su apoyo.

Otro pellizco más, y en plena crisis; pero qué se le iba a hacer.

—¿Y qué es lo que quieras para Raquel...? —fue la manera en que la madre tomó por buena la segunda petición *multicultural*.

Y Cris empezó a describir la ilusión de su otra amiga, mientras continuaban caminando los tres, de la mano frente a los comercios repletos de regalos que, Óscar se dio cuenta por primera vez en su vida, no tenían nacionalidad, ni raza, ni religión.

Fin

Poema

Víctor Torres

Hay muchas formas de comunicar un mensaje a otra persona. Víctor, el poeta, ha optado por utilizar el verso para legar su experiencia como viejo adolescente que se resiste a convertirse en adulto del todo. Entre sus versos se hallan claves transmitidas de tú a tú, entre guiños, hablando del paso del tiempo y del amor como suelen hacer los poetas, pero en este caso para la adolescencia. Psicólogo, profesor... y, algún día, padre.

Leyendo a León Felipe hace unos años, algunos más que los tuyos,
Me invadieron sus palabras sobre quién es cada cual,
Siendo no más que aquello que pueden ver los demás,
Los árboles, el cielo, las piedras.

Podemos pasar silentes, alejados del relámpago,
Transitar y no hacer ruido, como quien anda descalzo
Para escalar la ventana de alguna muchacha rubia,
O morena, que es lo mismo para nuestro caso.

Recibe, de padre a hijo, sabiendo como sé de tu gusto
Por circunloquios, paráfrasis, y rodeos en general,
De tu querencia genética por no decir la verdad,
Por malgastar la conciencia en apparentar frialdad,
Como si fuera de débiles abrir los ojos de par en par,
Y mirar lo que parece que nunca, nunca se irá,
Recibe mi voz impresa, aburrida charla epistolar.

No pretendo adoctrinarte con estas letras,
Sé que ese simple propósito anularía por completo
El sentido de esta carta, en ya mi enésimo intento
Por acercarme a tu silencio,
A la mueca seria y triste que me muestras.
Que parece te paseas por las noches entre lamentos
Como un fantasma pesaroso de sus cadenas y de su tiempo.

Creyéndote dueño del mundo, amo y señor de ti mismo
Configuras el prototipo, el paradigma del niño

En su primer impacto con la abismal realidad,
Empezando a saber que el verano es una estación más,
Que no tiene sino al calor como signo destacable,
que se apresura hacia ti con su dedo calcinante
y te señalará una tarde
y ya jamás, nunca más serán los días como antes,
empezarás a sentir la llamada de la carne,
renunciarás con vergüenza a los besos de tu madre,
ya lo verás, será así, no lo dudes un instante.

Y creerás que todo pájaro, que toda piedra y todo cielo
Se agolparán de repente en un beso,
Y que toda la vida breve y cada acontecimiento
Anterior a ese instante,
Es un sueño,
Un vago rumor, un trueno ensordecedor,
Y que sólo la centella de esos labios,
Merecen seguir despiertos, viviendo.
Y una mañana, sin saberlo,
La perderás, y un silencio
Lleno de gritos, como en un desprendimiento
Del alma y del cuerpo, te llenará los ojos
De recuerdos.

Entonces lo habrás comprendido,
Me refiero a lo del dedo,
Sí, el dedo calcinante del verano,
Ese dedo que una noche, durmiendo,
Te despertará ya como miembro pleno
De un invierno eterno.

Mientras, estruja las horas, exprímelas hasta el hueso,
Y luego absorbe salvaje hasta el tuétano.
Abraza muchachas varias, de toda condición y credo,
Bésalas, de una en una, no dejes una gota de tinta en el tintero,
Escribe poemas si no puedes hacer más que eso,
Si no invítalas te acompañen a dar largos paseos,
Verás que cuando amanece y cuando el sol está cayendo,
Las manos se vuelven frías y los labios más tiernos.

Di la verdad a tus amigos, compañeros de tu tiempo,
Tatúate en los pulmones la marca de los sinceros,

No olvides que llevas sangre de abuelos y bisabuelos,
Que no andas solo en tu nombre, que el suelo
Que pisas no es nuevo, hay huellas que vas siguiendo,
Aun no siendo consciente de ello.

VÍCTOR TORRES AMAT

Yo también aprendí

Antonia Ramos

Luchadora hasta el agotamiento, nunca desfallece, nunca le falta una sonrisa en su rostro. Preocupada por sí misma, pero sin olvidar a sus hijos, anteponiéndolos. Su vida ha estado salpicada de sinsabores, de sustos. Nadie le dijo que la vida sería un camino de rosas y ella lo ha aceptado con entereza. Eso es lo que le ha servido para seguir adelante. Puede decirse mucho de ella, pero sobre todo que es MADRE.

Estas palabras son para vosotros. Poder dirigirme a los tres, sin biberones ni pañales entre mis manos, es un lujo, sobre todo, por los años que hemos vivido juntos. Vuestras necesidades han cambiado, ¡cuánto habéis crecido!, ahora sólo con escribir puedo llegar allí donde os encontréis.

En estas letras quiero despojarme de la autoridad necesaria para educar, y olvidarme, por un momento, de la protección, el amor y, a veces, el temor que alberga la palabra mamá. Aquí y ahora quiero ser simplemente yo.

No me da pudor reconocer que, en ocasiones, a lo largo de este tiempo, tuve miedo; ninguno nacisteis con un manual de instrucciones en vuestras manos, y mis dudas para hacer lo que creía correcto, me hacían sentir insegura. Me empeñé y aún lo hago, en que aprendierais muchas cosas: de los estudios, de vuestras vivencias, cómo crecer en valores, aunque no me importa admitir que me habéis enseñado mucho más a mí.

A medida que llegasteis, cada uno fue dando una pincelada diferente al cuadro de mi vida.

Fuiste la primera en nacer y estrenaste un lienzo totalmente en blanco; dejé el instituto para dedicarme a ti, pero sabía que no era suficiente. Me diste la fuerza para prepararme, el empuje para luchar por todo lo que tú te merecías: tu casa y tu vida conmigo, sin que fuésemos rémoras en un lugar que no era el nuestro. Me instruiste para superar las dificultades, y aprendí todo lo que no te enseña la universidad. Me animaste a ser la dueña de mi vida, una mujer independiente, pero, sobre todo, me mostraste el camino para desarrollar la inteligencia emocional, la más preciada para mí. Nunca has sido consciente de ese gran regalo. Gracias, porque ha sido un legado insuperable.

En segundo lugar, aunque no por eso menos importante, llegaste tú, para ir añadiendo retoques con tu frescura a esa obra que empezaba a coger forma. Abriste la caja de la estabilidad, y aprendí de ti la inquietud por saber cada día más, con la

constancia que te caracteriza para conseguir todo lo que te propones. Admiro esa capacidad que tienes para afrontar las dificultades; la primera te sorprendió con sólo tres años, ¡qué entereza y saber estar! Me preocupé de observarte cada día, aunque sólo pude encontrar en ti alegría y amor para darnos a todos. Me recordaste que dejarlo todo por los demás es importante, pero no tanto como para perder tu identidad. Gracias por contagiarme, en algunos momentos, de tu seguridad.

Por último, tú, que remataste mi pintura con diferentes colores, pusiste líneas a un dibujo cada día más especial. De ti respiré tu nobleza, y me hiciste volver a mi etapa soñadora, como tú haces a veces, aunque sin perder de vista la realidad. Me impregnaste de tu carácter, recordándome que, a menudo, hay que contar hasta diez, pero, otras, hay que engrandecerlo para superarte a ti mismo, como me empujaste aquel día; te recuerdo aún, en un rincón de la habitación del hospital, sin hablar, con tus ojos fijamente clavados en mí; me pedían a gritos que saliera pronto de aquel lugar. No puedes imaginar la fuerza que me transmitió tu mirada, ¡me llenó de tanto valor para volver contigo! Te doy las gracias cada día de mi vida.

Vinisteis al mundo para formar parte de él. Mi trabajo ha consistido en enseñaros a caminar, sin tropezar demasiado. No soy vuestra dueña, ni alguien que haya querido dirigirlo todo, aunque, a veces, me haya sentido como el capitán de un gran barco que no debía perder de vista el timón, vigilando siempre sus motores, vosotros, para poder avanzar juntos. Cada uno llevará su ritmo y por eso somos diferentes, pero yo sólo quiero ser alguien que os espera aquí, un puerto seguro, para poderos refugiar. Como siempre.

Mamá.

Viaje al futuro

Rodolfo Ramos

Doctor en psicología, decano del COP, escritor, deportista (acaba de correr su primera media-maratón), entusiasta (acaba de sacarse el título de piloto), viajero incansable, fue mi alumno, después mi compañero de trabajo. Cinéfilo empedernido (como se aprecia en su colaboración), fans incondicional del Capitán Solo, la Princesa Leia, Chewbaca, Skywalker, R2-D2 o el malvado Darth Vader. Es apasionado en todo aquello en lo que se mete, pero sobre todo en la difícil tarea de ser padre.

Queridos Leo y Emma:

Aunque algunos experimentos del CERN en Ginebra apuntan momentáneamente a que es posible el viaje en el tiempo por parte de ciertas partículas, no tengo previsto a corto, medio o largo plazo, convertirme en un neutrino que me posibilite volver desde el pasado para hablar con vosotros. Tampoco creo que pueda llegar a ser —por mucho entrenamiento Jedi que reciba— un pseudofantasma semivisible y azulado con capacidad de interacción.

Considero menos plausible aún llegar a poseer como Marty McFly, el protagonista de *Regreso al futuro*, un De Lorean con potencia suficiente para quebrar la continuidad del espacio tiempo. No verán mis ojos, a mi pesar, una máquina del tiempo como la que construye Alexander Hartdegen en la película del mismo nombre o en el famoso libro de George Wells.

Por todo ello, esta oportunidad ofrecida por mi amigo Juanma, se me antoja como ideal para vencer estas pequeñas limitaciones a las que nos encontramos atados los humanos y poder comunicarme así con vuestras versiones adultas gracias a la magia de las letras.

Intento ahora, en primer lugar, imaginar el futuro que os espera para así poder ofreceros en esta misiva consejos útiles y no una mera retahíla de refranes vacíos y frases a modo de horóscopo de revista barata, tan genéricos que os serán tan ciertos como inútiles.

Aunque me esfuerzo —y confieso que llevo varios días reflexionando sobre ello—, no me resulta fácil concebir los retos a los que tendréis que enfrentaros en vuestra vida. No me refiero a los problemas que hallaréis en vuestra adolescencia o primera juventud

sino más bien a cuando yo ya no esté o simplemente sintáis que no necesitéis mis desvelos y opiniones con tanta asiduidad como ahora. Tened por seguro que añoraré vuestros: «mira, papá, mira».

No penséis que esta dificultad es una mera limitación mía (si algo le ha sobrado siempre a vuestro padre ha sido imaginación), sino que creo que en general hay que desconfiar de quienes afirman con rotundidad divisar de manera clarividente la situación a treinta años vista.

Cierto es que hay documentales interesantísimos y aparentemente muy bien sustentados sobre cómo será la medicina, la arquitectura o el arte del futuro. Pero que no os engañen. Creo —y en mi humilde opinión así la historia lo ha evidenciado ya anteriormente— que realmente es imposible predecir el salto cualitativo que tal o cual avance producirá en nuestro desarrollo tecnológico, con sus inevitables repercusiones sociales, psicológicas, laborales o de salud. Si errar es humano, errar acerca del futuro es más humano aún.

Si no me creéis del todo, probad a echar un vistazo a las predicciones que a comienzos del siglo XX hacían respecto de los primeros años del siglo XXI. Especialmente divertidas son las que hacen referencia a la moda y a los transportes. Recuerdo haber visto hace años una serie de grabados y postales sobre este tema. Eran muy alocadas a la par que reveladoras acerca de las aspiraciones del género humano en aquellos años: escaleras mecánicas en el cielo y monociclos voladores, entre otras invenciones. Deduje, por lo tanto, que independientemente de la época en la que nos hallemos siempre pensamos que el futuro será un presente potenciado, en lo bueno o en lo malo (dependerá de cómo de optimistas nos hayamos levantado ese día). Sin la menor duda, el imaginario colectivo propondrá para el futuro condiciones de vida que arrancarán inevitablemente de nuestra experiencia del hoy. Esto, como demuestra nuestro presente y sobre todo nuestro pasado, es una falacia.

Por este motivo, si pienso en vuestro futuro, me es inevitable no preocuparme por los males que nos aquejan: las drogas, la delincuencia, la violencia extrema, el terrorismo, las enfermedades, el desempleo, la inseguridad o la pérdida de libertades individuales. Con todo ello, en realidad, no estoy haciendo más que analizar y extrapolar mis preocupaciones, así como las de los padres de los jóvenes de hoy. Realmente lo que me asusta para vosotros es lo que no puedo predecir. Me refiero a todas las cosas malas que pueden sucederos y que ahora no pueden siquiera ser concebidas en mi cabeza. Éstas son para las que no puedo prepararos.

Mas no soy miedoso por naturaleza, por lo que no es éste un temor paralizante en vuestra educación. Quiero creer que soy un buen padre y que, además, habéis tenido la tremenda suerte de recibir amor en abundancia de parte de vuestra familia. De todos nosotros habéis recibido mucho, pero sobre todo tiempo y dedicación (algo que desgraciadamente no muchos niños reciben). Así pues, como un pan que se cuece a fuego lento, habéis sido educados con paciencia y dedicación, esperando que por vuestra

propia iniciativa y gracias a las condiciones que tuvisteis, fermentaréis nuevos valores a partir de los que os enseñamos, de suerte que seáis capaces algún día de superar esos nuevos retos a los que no tuvieron que enfrentarse las generaciones pasadas.

Tengo esta convicción porque habéis experimentado innumerables veces en vuestras carnes la vivencia que considero más importante para una persona: la incondicionalidad del amor. Esto no os previene de sufrir, pero será una guía sobre la que construir todos los andamios que preciséis en el futuro, vuestro presente ahora. Por ello, en el fondo, ando tranquilo respecto a qué clase de persona seréis.

Me gustaría, puestos a pedir, que entre otros valores poseyerais hoy, por encima de cualquier otro, la sensibilidad, la generosidad y el agradecimiento. La fortuna a veces nos sonríe y en otras ocasiones mira para otro lado. Yo me considero un favorito de la fortuna y me gustaría que vosotros también llegarais a sentiros así algún día. Sin embargo, hay personas a las que jamás esta diosa miró a la cara y a las que espero tengáis ambos presentes. Haced vuestro el compromiso social con los más pobres y los que sufren, no cedáis en la lucha por la igualdad de aquellos que son más desfavorecidos que vosotros. No son estos atributos fáciles de lograr y mantener, pero se han plantado en vosotros las semillas de las que espero broten semejantes parabienes. No digo que me parezcan inevitables, dadas vuestra educación y personalidad. Siempre somos libres de elegir —en mayor o menor medida— el camino a recorrer. Tampoco afirmo que os vaya a resultar sencillo. Nada más lejos de mi intención.

De hecho creo que —y aquí entro a hablar sobre una verdad que vosotros descubriríais sin mi ayuda por su evidente obviedad— sólo si lo tenéis difícil valoraréis realmente vuestros logros. Pero tenedlo claro: no estoy hablando de éxito laboral o académico. No tengo aspiraciones de que seáis abogado, taxista, psicóloga, médico, mecánica, chapista o barrendero. Me da exactamente igual vuestra profesión. Mi aspiración y deseo es que seáis felices, que encontréis personas a las que amar y que os amen. No tenéis que demostrar nada, ni a mí ni al mundo. No debéis justificar lo que valéis porque vuestro valor es infinito e intrínseco, consustancial al hecho de vuestro nombre, vuestra mismidad e individualidad. Sois irrepetibles como un copo de nieve e infinitos como las estrellas que pueblan el cielo. La más pequeña de vuestras células es más valiosa para mí que todo el Universo. Con todo ello, no sois, sin embargo, en este valor incalculable diferentes del que tiene cualquier otra persona. No lo olvidéis nunca.

No os deseo, por tanto, una felicidad tonta, simplona y fácil, que surge del regalo caro y la falsa espontaneidad, provoca sonrisa pasajera, efímera y que como viene se va. No penséis por ello que no os deseo buenos momentos, al contrario. Quiero que sintáis el bienestar que otorga saber que uno logró sólo aquello por lo que luchó. Os hablo aquí del sentimiento y la convicción del esfuerzo máximo ante la tarea comprometida, de la honradez con uno mismo, de no buscar excusas y no temer al fracaso. La derrota, como afirmaba Khalil Gibran, es una gran maestra, os lo he dicho muchas veces. Detrás de estas palabras no esconde tampoco un deseo de que seáis los mejores en lo que hagáis o

de que os obsesionéis con ello. Quiero que Leo sea Leo y que Emma sea Emma. No es poca cosa, os lo aseguro.

En cualquier caso, intentad vivir con pasión. La vida es una sucesión constante de breves instantes. A veces si son muy buenos pueden parecer fugaces aunque hayan durado semanas o meses en realidad. Vivir es estar inmerso en un devenir de cambios: agradables en ocasiones y la mayoría (para qué engañarnos) insulsos o negativos. Por eso, cuando algo maravilloso nos sucede sentimos casi la obligación de atraparlo, saborearlo y retenerlo de alguna forma.

Estar vivo es la sensación remanente que queda tras experimentar algo muy intenso y único en cierto sentido. Vivir es también lo que transcurre entre un momento especial y el siguiente, y es lo que solemos borrar de la memoria. Sin embargo, la vida es bajo mi perspectiva la experimentación de ambas situaciones. Más allá aún, la cotidianidad puede convertirse en lo excepcional que añoramos cuando de pronto no tenemos aquello a lo que nos habíamos acostumbrado, y que por su normalidad en nuestra vida llegamos a pensar erróneamente que sería eterno, seguro e inamovible.

En cuanto se mira con cierta perspectiva temporal, los cambios han estado siempre ahí, afectando la vida profesional, familiar, social, personal... No temáis evolucionar y cambiar porque permanecer es estar muerto de alguna forma. No seréis como ayer —el hoy para mí—, y eso es bueno. Ninguno de nuestros numerosos yo que pueblan nuestro único cuerpo lo es. A veces es duro cambiar o aceptar que las cosas han cambiado. Crecer es optar o ser parte de la opción; en cualquier caso es dejar atrás lo que no ha de volver. El tiempo no vuela, más bien pasa como una tanqueta por encima, llevándose lo que no queríamos que se fuera. Aceptar el cambio es madurar.

Vivid con pasión, os lo repito, los momentos especiales y los que a priori también no os lo parezcan. Desde cierta perspectiva os puedo decir que ambos son maestros de la experiencia. Frente a la fugacidad del momento sublime y de los instantes hermosos mantened la riqueza de la memoria, el cajón de las emociones pasadas almacenadas y sobre todo la potencialidad de sentiros vivos de nuevo.

Para concluir me pregunto: ¿cuál deseo que a modo de resumen sea mi legado en vosotros?, ¿qué deseo que recordéis de mí?, ¿qué quiero que tengáis presente en el futuro acerca de todo lo que os enseñé?

Lo primero que me viene a la cabeza es por qué me hago preguntas tan complicadas de responder. Lo segundo es que en verdad no deseo que recordéis nada concreto de mí, sois vosotros quienes debéis decidir qué recordar. Yo tengo ya mis pequeños grandes tesoros guardados acerca de vosotros en mi memoria y espero aún gozar por mucho tiempo de miles más con los que llenar ese preciado cofre. El tiempo, sin embargo, inevitablemente se encargará de poner en mi boca cosas que no dije, suavizará algunos de mis errores y acrecentará otros, hará olvidar aciertos y aumentará otros. La memoria es muy amiga del azar y es imposible prever qué frase, dicho o acción mía os marcará o recordaréis ante tal o cual adversidad que os toque vivir.

Por todo ello, si a pesar de todas estas matizaciones —y aún a sabiendas de lo poco que puede influir mi deseo a este respecto—, si se me permite elegir, lo único que quiero realmente que recordéis es que os he querido con la perfección que jamás quise a nadie. Si tenéis dudas preguntad a los que me conocieron. Si no me encuentran muchos fallos será por la bondad con la que el tiempo trata a la gente, no porque no los tuviera. Os aseguro que mi vida está repleta de errores enormes, por acción y omisión.

Así que si pensáis que hice tal o cual cosa mal, que si fallé al daros este o aquel consejo, que chillé cuando no debía, si no estaba o simplemente fui injusto, pensad que sois, dentro de la pequeña parte que me compete —no le quitemos méritos a mamá, los abuelos, las titas o la escuela—, lo mejor que sin duda he podido hacer en mi vida. El libro más perfecto que he escrito, con las líneas más rectas posibles y con los contenidos más hermosos de los que disponía.

Espero de todo corazón que seáis personas felices y plenas.

Vuestro padre, que os quiere,
Rodolfo.

P.D.: Emma, tu novio no me cae bien.

Ausencia

Isabel M.^a Migallón

Entusiasta de todo lo que hace, escritora, historiadora incansable e investigadora permanente de nuestra historia. Amante y defensora de su ciudad. Amante de sus amigos, que son muchos, y por supuesto de su familia. Pero sobre todo, madre.

Aunque se trata de una carta sobre una situación ficticia, refleja los temores de ésta (y de muchas) madre y, como su autora nos dijo, «es la carta que una madre nunca desearía tener que escribir».

Querida hija:

A pesar del tiempo transcurrido, tiembla aún mi mano y en mi corazón no ha cicatrizado la herida que le produjo tu partida definitiva, ya que antes, mucho antes, te habías ido alejando lentamente de mí. Yo, madre consentidora, madre cómplice, madre y, sobre todo, madre culpable no volveré jamás a ser feliz, no seré capaz de retomar mi vida, una vida que se truncó el primer día, en el primer instante en el que TÚ comenzaste a coquetear con tu peor enemigo, con ese que te fue ganando día a día y yo, sin darme cuenta, mientras tanto, cegada por una venda que yo misma había hecho con mi propia ignorancia y resignación, con mi conformismo y dejadez. ¡Cómo no vi en lo que te estabas convirtiendo!

Ahora, teniendo como únicas compañeras la soledad, tu ausencia y mi culpabilidad, ahora que ya no tengo nada ni nadie por quién luchar me doy cuenta de tus pequeños mensajes, aquellos que me enviabas y que entonces no fui capaz de descifrar porque no quería ver lo que realmente ocurría; cómo poco a poco se había ido tejiendo a tu alrededor una gran tela de araña que te envolvía y a la vez te alejaba cada vez más de mí.

Las notas de clase, tus calificaciones escolares que pasaron de ser brillantes a ni tan siquiera verlas porque siempre tenías la excusa perfecta para no mostrármelas, ya que sabías que no era preciso que llevaran nuestra firma. Si me enteraba de algo enseguida te ponías a la defensiva diciéndome que no confiaba en ti, y eso te hacía mucho daño y que todo iba a mejorar que había sido un mal momento. En eso no mentías, era UN MAL

MOMENTO.

Tus amigos de siempre, aquellas personas que habían sido tus compañeros, tus verdaderos amigos, poco a poco se fueron apartando de ti. Aunque los más fieles intentaron ayudarte, aconsejándote, diciéndote que ése no era el camino correcto, pero fuiste TÚ y nadie más que TÚ quien los alejó de tu vida. Debí hacerles caso cuando me comenzaron a insinuar lo que estabas haciendo, pero yo no les quise creer; era tal mi ceguera contigo que me posicioné a tu lado sin dudarlo, sin vacilar, y eso fue lo peor que pude hacer. Ellos intentaban arrancar la venda de mis ojos, pero con mi actitud no lo permití. Muy al contrario, facilité que otras personas entrasen en tu vida, era un continuo ir y venir de gente que duraban poco tiempo pero el suficiente para ir degradándote como ser humano, fueron tus compañeros en un viaje sin retorno.

Tus continuas mentiras: debo reconocer que agudizaste el ingenio de tal forma que eras capaz de hacerme creer todo cuanto decías. Era tal tu capacidad de convicción que nunca dudé lo más mínimo de tus palabras. Ahí comencé a ser tu cómplice. Hoy, ya de nada sirve el arrepentimiento.

Y así, sin yo querer darme cuenta te fuiste adentrando lentamente en un mundo en una espiral de excesos y locuras que te separaron totalmente de mí y de todos tus seres queridos. Cuando quise reaccionar ya fue tarde, tarde para ti y tarde para mí. Nada ni nadie fue lo suficientemente bueno y tuvo la suficiente fuerza para sacarte de allí. Estabas totalmente atrapada, sin posibilidad de salir. En los últimos momentos, cuando tuviste instantes de lucidez, quisiste levantarte, quisiste remontar el vuelo pero ya no fue posible, el pozo era demasiado profundo. Mis manos no pudieron cogerte, mis manos no pudieron levantarte, mis manos no pudieron ser tus alas.

Ahora ya eres libre otra vez, ahora has vuelto a ser ese espíritu puro que siempre fuiste, ahora ya no hay dependencias, ni excesos, ni ataques de locura. Cesaron los gritos, los malos tratos, las huidas, la esclavitud del teléfono, esperando una llamada, una noticia tuya. Ahora estás en paz, y yo, desde mi soledad, con lágrimas en los ojos te escribo esta carta cuando por fin soy capaz de hilvanar una palabra con otra para que tengan sentido, el que mi vida ha perdido.

Perder un hijo es un dolor tan profundo, es un vacío tan grande que nada ni nadie es capaz de apaciguar, que nada ni nadie es capaz de llenar. Sólo espero que otras madres, que otros padres que viven una situación semejante a la mía, sepan reaccionar a tiempo, que abran suficientemente los ojos y no se dejen engañar. Yo no lo supe hacer, y por eso en aquel pulso ficticio con las drogas, tú fuiste la víctima y yo la perdedora.

«TE QUIERO Y TE AÑORARÉ SIEMPRE, TU MADRE»

PARTE SEGUNDA

Ellos también escriben

*Nuestra juventud es decadente e indisciplinada.
Los hijos no escuchan ya los consejos de los padres.
El fin de los tiempos está próximo.*

ANÓNIMO CALDEO (2000 a.C.)

Ellos también escriben

A lo largo del libro ya han aparecido algunas cartas de hijos contestando las misivas de sus padres. Aquí aparecen algunas cartas escritas por hijos a sus padres. Algunas nos pueden sorprender o, por lo menos, nos mostrarán una visión de ese rico y olvidado mundo que es la mente de un adolescente. Una de las colaboradoras del libro, cuando leyó el borrador me mandó un correo en el que decía: «... Las cartas de los padres, entrañables; pero qué me dices de la de los hijos, sublimes, aceptando los errores, pero con tanta carga de amor...».

Suelo decirles a los padres que me piden consejo, que sigan insistiendo con los mensajes que les transmiten a sus hijos, aunque les parezca que no sirve de nada, que a su hijo «le entra por un oído y le sale por otro». Les aseguro que esto no es así, pero también les advierto que no esperen ver instantáneamente y de forma clara un cambio en el adolescente. Su hijo, en su papel de adolescente, rechazará cualquier ayuda, se opondrá a los consejos recibidos... pero por dentro irá «macerando» la idea.

La siguiente carta es una prueba de ello.

Carta I

Para Mama y Pa pa: 

Escribo esto para pediros perdón por mi actitud en todo, siento ser así y hablar como os hablo, soy muy cabreada y muy contenta y me has casi imposible entender, ultimamente me quedo muy agobiada por el tema de exámenes y todo eso, os estoy muy cansado por eso os dije vos, tenéis que entender que ~~yo~~ me esfuerzo lo que ayo que puedo y me cuesta millones ~~de~~ esforzarme al 100% estoy en un curso digital y ayo entender que en una edad digital, ~~yo~~ os agradezco que me aguantéis ~~yo~~ tanto y aceptéis muchas cosas de mi, enfin sobretodo a MAMA que es con la que más trato, Gracias por todo OS QUIERO
NO PUEDEN EXISTIR MEJORES PADRES!

Carta II

Marina Fernández

Como todos los rebeldes, como todas las personas de carácter, Marina, escondía un corazón que sus padres están descubriendo, en parte, con esta carta que hoy se edita y de la que me pidió no dijese nada a sus padres.

«Es una sorpresa, por todo lo que me han aguantado, ahora que he terminado la carrera y miro hacia atrás.»

Como dije antes, las ideas maceran y salen cuando tienen que hacerlo.

Queridos papá y mamá:

Hoy es un día como otro cualquiera, desde la distancia puedo imaginaros sumidos en vuestra rutina diaria:

Mamá estará agotada después del trabajo, sus clases de salsa y de echar un cable con la abuela, pero aun así, sacará tiempo para hacer una cena, como las que jamás consigo preparar yo aquí, pese a que use sus mismas recetas. Debe ser verdad eso de que el amor con que se hacen las cosas marca la diferencia.

Papá, después de un largo día de clases y consultas, estará frente al ordenador, preparando algún programa para algún paciente y dándole vueltas a todo el trabajo que tiene que preparar para la semana siguiente, y aún así, cualquier cosa le hará acordarse de sus hijos y nos mandará algún correo *chorra* o que crea nos puede interesar.

Terminadas estas tareas, vuestro punto de unión estará en torno al teléfono. Nos llamaréis a mí y a Manolo, esperando no pillarnos ocupados, para *no molestar* y así poder saber qué tal nos ha ido el día.

Como siempre, el eje central de vuestra vida estará en torno a vuestros hijos. Como decía, es un día cualquiera, salvo porque hoy voy a hacer algo que, ahora que me paro a pensarlo, creo que no he hecho nunca: VOY HA DAROS LAS GRACIAS.

Este año acabaré la carrera y eso supondrá dar un paso más hacia la madurez. Así que he creído conveniente empezar esta nueva etapa dándoos una alegría, para variar.

Soy una persona de carácter, es imposible negarlo, a veces tengo, como diría papá, *más mala leche que una mona en celo*. No soy una persona cariñosa, no regalo besos por doquier ni digo te quiero con frecuencia. Y aunque acabe la carrera este año, tampoco soy una tía brillante. El de las matrículas de honor y los grandes logros académicos y profesionales siempre fue Manolo. Todo ello, en su conjunto, siempre está provocando

discusiones familiares de todo tipo. En el ámbito académico he necesitado más de una vez una buena *colleja* que me hiciera centrarme en cuáles son mis responsabilidades. Que sea un poco arisca, en ocasiones, se ha podido confundir con una falta de amor, por mi parte, hacia algún componente de la familia. Y sobre mi fuerte carácter (dichosa la rama que al tronco sale), bueno, digamos que no colabora a que, cuando hay algún conflicto en casa, éste se solucione sin altercados. Y es que parece que, en casa, cualquier problema, por irrisorio que sea, siempre se ve magnificado, lo que implica que cuando éste es verdaderamente importante, lo veamos como si se nos acercara el final de los tiempos.

Si algún desconocido leyera esta carta, podría pensar que me infravaloro, o que sólo soy capaz de ver mis defectos, pero eso no es verdad. Tengo muchas, muchísimas cosas buenas, y cada una de esas «virtudes» que poseo son, de alguna manera, obra vuestra. Sólo lamento no haber sido capaz de absorber otras tantas cualidades que habéis puesto a mi disposición. El no haberlo hecho no ha sido vuestro fracaso como padres, sino mi error como persona.

Así pues, sólo me queda daros las gracias.

A mamá, por haber sido una fuente inagotable de amor, como sólo una madre puede ser. Por tener esa paciencia conmigo cuando estoy enfada. Por mediar, en la medida en que la dejamos, en todas las discusiones familiares, aportando ese raciocinio que todos, menos ella, perdemos más frecuentemente de lo que nos gustaría reconocer. Por despertarme durante años con ese *Gordi, es hora de levantarse* susurrado al oído. Por estar, un mes antes de mi vuelta a casa, apuntando en una de sus famosas listas, toda la comida que quiero que me prepare. Por esos momentos de *sobeteo* cuando nos tumbamos en la cama las dos solas y nos contamos nuestras cosas, mientras papá, siempre con el oído tan agudo, dice desde el salón con sorna *Marité, cómo se nota que ya han vuelto tus niños, que ya no me das ni tu amor ni tu cariño*. Por esas noches en las que he estado mala y has aguantado estoicamente mi espalda contra la tuya, aunque fuera agosto y yo tuviera 39 de fiebre. Por ser la única que se preocupa de mantener mi ilusión la mañana de Reyes, aunque esté a punto de cumplir los 24. Porque, aunque acabes de salir del médico o estés agotada, siempre te quitas tiempo de tu siesta o tu ocio para ayudar a que la casa no se me venga encima. Por esas tardes en las que me llevabas al parque donde me enseñaste a patinar. Porque, aunque protestas, porque siempre te digo las cosas a última hora, siempre me haces los disfraces, me planchas la ropa o me ayudas con cualquier cosa que yo haya postergado hasta última hora. Por dejar que te pintara como un payaso, te pusiese la cocina perdida o llenara de trastos el salón cuando era pequeña y estaba aburrida. Por leerme cuentos antes de acostarme o escuchar atentamente como yo me los inventaba en base a los dibujos. Por enseñarme a montar en bici. Por ser siempre lo que necesito en cada momento.

A papá, por transmitirme el amor hacia el baloncesto e intentar acudir a todos y cada uno de mis partidos, aunque tuviera que salir corriendo de una consulta para llegar a

tiempo y ser el fan incondicional del equipo. Por hacer de taxista mío, de mis amigas y mis compañeras de equipo durante años. Por enseñarme que una mujer no tiene por qué ser débil, sino que puede ser valiente y luchadora. Por enseñarme que uno debe defender sus ideales, pero siempre con respeto y educación. Por aquel castigo sin tele, Internet ni móvil, al que pensé no sobreviviría, y que consiguió despertar mi afición a la lectura. Por esas tortillas francesas *al toque del chef*. Porque, para ti, ninguna cantidad de dinero es demasiado alta si se invierte en estar con la familia, sobre todo con tus hijos. Por ese *a por ellos que son pocos y cobardes* antes de cada examen o reto que se me presente. Por aguantar que tus hijos se metan contigo, desde el cariño, o como tú dirías *ser motivo de mofa y escarnio*. Por ser el fotógrafo familiar, aunque eso suponga que apenas salgas tú en las fotos. Por esas *historias* que me encantaba oír una y otra vez y tú me contabas pese a que te robara tiempo de tus sagradas siestas. Por esas canciones como el *badun baladun bandero*, o esa cantinela de *esta niña es más mala, le vamos a dar unos trastrases, en el culo merenguete* que yo sustituía entre risas por *esta niña es más buena, le vamos a dar unos besitos*. Por apretarme la mano cuando, de pequeña, pensaba que no iba agarrada, lo suficientemente fuerte, como para sentirme segura.

A ambos tengo que daros las gracias por estar siempre ahí. Por darme, no segundas oportunidades, sino terceras, cuartas y quintas. Por confiar en mí, aunque no me lo mereciera. Por preocuparos por formarme, tanto académica, como moralmente. Por hacerme sentir, que cometa los errores que cometa y haga lo que haga siempre tendré el amor de mis padres, aunque antes deba llevarme unos merecidísimos gritos. Por ser responsable de mis virtudes, espectadores de mis triunfos y una mano dispuesta a levantarme siempre. En definitiva, gracias por ser mis padres.

Vuestra hija Marina, que os quiere y que, aunque no vuelva a reconocer todas estas cosas hasta que pasen otros 23 años, las siente siempre.

Carta III

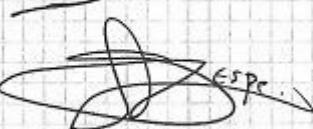
Esperanza

Perdió a su madre cuando el sida era una enfermedad letal entre los drogodependientes, cuando ella era aún tan pequeña que el recuerdo de su madre no es más que una invención suya. Vivió con sus abuelos hasta que la llegada de la adolescencia hizo difícil la convivencia. Entonces fue acogida en un centro para adolescentes en desamparo. En las sesiones que manteníamos solía hablarme de su madre. Un día le pedí que le escribiese una carta a su madre expresando todo lo que sentía. Me entregó el siguiente escrito. Llevo años sin verla, no sé qué habrá sido de ella.

Onerida maaa me hubiera gustado, haberle cono-
cido, me gustaría que estuvieras ahora aquí con-
migo ¿por que te piste? ¿por que propiviste tu
vicio a tus hijas? te odio, te odio por lo que
piste, te odio porque nos tuviste y no pensarte
en cambiar.

Voy a verte de vez en cuando y alguna vez se me
sale alguna lágrima pero no porque te grievo, si
no porque me da pena, me da pena por ti porque
siendo joven, perdiste tu alegría, perdiste a tu
familia y perdiste a tus hijas.

Lo siento, lo siento que te equivocaras, si tu lo que
querías era, pero nunca esperes un trago de
cañizo, porque soy la maya de darte los, porque
eso es como si clavé tu cañizo a un
desconocido.

Besos


Esperanza

Papá, mamá... no lo entendéis... quiero vivir la vida

Manuel Fernández Navas

Su «carta» (más una reflexión o un diario), es un halo de esperanza. Todos los padres deberíamos leerla, como terapia, para ver nuestros problemas en perspectiva. Manolo se encuentra en una edad (treinta y pico) que le permite mirar hacia atrás y hacia adelante con objetividad, con una «objetividad emocional» (aunque esto suene a paradoja). Profesor de la Universidad de Cádiz, psicopedagogo, jugador de baloncesto (aunque muy abandonado), pero sobre todo, exadolescente y posible futuro padre.

El pasillo era estrecho, demasiado estrecho para pasar sin tener que ponerse delante de él... es curioso cómo el espacio condiciona, favorece muchas situaciones.

—¿Qué horas son éstas de llegar? —gritaba desde el fondo.

—¿Quieres acabar con tu madre y conmigo? Por encima de mi cadáver, ¿entiendes? —su cuerpo encorvado y tenso, se acerca a mí. Ahora su cara está tan pegada a la mía que puedo oler su aliento.

—¿Qué? ¿Vas a pegarme? Si tienes huevos, atrévete a levantarme la mano. ¡Vamos! —se ha dado cuenta de que mis puños están apretados al igual que mi mandíbula. Sólo tengo dos opciones... avanzar o recular y meter el rabo entre las piernas... no es una decisión fácil y sólo tengo unos segundos para tomarla... tengo 17 años.

Esta escena es real. Hace trece años de eso. Mis padres y yo nos queremos, nos respetamos, tenemos una relación fantástica. Pero esto no siempre ha sido así. Si yo o mis padres nos pusiéramos a describir situaciones como la del principio, posiblemente necesitaríamos un par de libros para ponerlas todas. Todavía a día de hoy en las comidas familiares, mi padre suele sacar anécdotas como ésta. Pero ahora ha cambiado el tono, se trata como un tema más, ya superado. Incluso me atrevería a decir que empiezan a entenderlas.

Esta carta, diario, documento, extracto, reflexión o como quieras llamarlo, es un intento por recoger todas esas sensaciones que vivimos mis padres y yo durante la adolescencia. Es un intento por tratar de explicar, desde mi mentalidad de adolescente de entonces, lo que mis padres no podían entender. Con la firme esperanza de que sirva a otros padres y madres para evitar esas situaciones con sus hijos.

Yo también lo estoy pasando mal... muy mal...

Cuando miro hacia atrás y empiezo a recordar aquella época antes que los recuerdos, lo primero que me viene es un sabor amargo, una sensación de angustia, de estrés, de miedo, de tristeza. Creo que en aquel momento, mis padres debían pensar por mi actitud que me daba todo igual. Que mientras ellos sufrían yo estaba feliz y contento, haciendo lo que me venía en gana. Entiendo que pensaran eso porque yo, por ejemplo, salía de marcha con mis amigos, me saltaba el «toque de queda» de casa y venía a la hora que me viniera en gana pese a que eso me costara una buena bronca con ellos. Nada más lejos de la realidad. Lo que mis padres no entendían en aquel entonces es que yo «elegía» salir de marcha, aunque eso me costara una bronca con ellos. Era una decisión que tomaba, meditada y personal, cuyos resultados no me agradaban y me generaban estrés, miedo, tensión al volver a casa. Analizaba la situación, pensaba en las consecuencias, sopesaba mis deseos y necesidades —tan respetables como los de mis padres— y realizaba una elección pese a que —estaremos de acuerdo— no me agradarán los resultados.

La impresión que tenía en aquel momento era que mientras que yo realizaba mis elecciones, éstas no eran aceptadas por mis padres. Pero yo tenía que aceptar las suyas sin discusión posible. Eso unido a las características del desarrollo adolescente de rebeldía y de construcción de mi autoestima a base del distanciamiento de la figura paterna-materna, como comprenderéis era un cóctel molotov.

Un gato atrapado, meter más presión a un problema

Pensando ahora, desde la distancia que me da el tiempo pasado, creo que lo que aprendí entonces y que me ha resultado de más valor para el resto de mi vida, es que meter presión a una situación problemática es la peor de las cosas que uno puede hacer. Desde entonces, procuro, cuando tengo un problema, cuando estoy en una discusión que se sube de tono, relajar, dejar salidas y quitarle hierro al asunto. Sólo desde ahí se puede razonar, hablar y entender la postura del otro. Si acorralas a un gato contra la pared, ten por seguro que no va a pasar nada bueno. Algo parecido ocurre con las personas que se ven envueltas en un problema al que no ven solución.

Eso es lo que empezaba a ocurrir en mi casa. Mis padres comenzaron a estar continuamente enfadados conmigo. Cualquier situación era un problema añadido al problema que teníamos: mi adolescencia. Y su respuesta no era la de facilitar, buscar salidas, alcanzar acuerdos comunes... su respuesta se daba en forma de ultimátums: como vuelvas a llegar tarde te castigo, mientras estés en mi casa acatarás mis normas, como te hagas un tatuaje/ pirsin te echo de la casa...

¿Cómo voy a pasar más tiempo en casa? Aquí es donde me surgen los problemas...

Mi casa dejó de ser un sitio seguro, donde encontrarme a salvo de los problemas que tenía en mi vida. Se convirtió en un lugar de estrés, de tensión, en el que en cualquier momento podía surgirme una situación problemática. En definitiva, un sitio en el que cada día estaba menos a gusto. Esto derivó en que cada vez pasaba menos tiempo en ella. Cuanto menos tiempo pasaba en ella, más se enfadaban mis padres, y cuánto más se enfadaban, más tensa era la situación en casa, con lo cual, en cuanto tenía una oportunidad, me iba de allí a cualquier otro lugar.

Me veo a mí mismo llorando en mi cuarto, pensando: papá, mamá, ¿por qué no me entendéis? Sé que mis padres no lo entendían entonces, pero recuerdo lo que hubiera dado por tener su comprensión, su cariño en aquel entonces. Un abrazo al llegar a casa: tranquilo hijo, sabemos que lo estás pasando mal. Ésta es tu casa, nosotros tu familia y estamos para apoyarte en lo que necesites, hasta que estés mejor.

Soñaba con que mi casa volviera a ser lo que siempre había sido: un sitio seguro, a salvo de los problemas del exterior. Donde refugiarme cuando las cosas en mi vida fueran mal, donde pensar, donde tener cariño sin ganármelo. Dicen que sabes quiénes son tus amigos cuando están a tu lado en los momentos malos. Durante la adolescencia confirmé y deseché a muchos amigos por esta regla, pero mis padres no estuvieron ahí cuando más los necesité¹. Hoy los he perdonado, como espero que ellos me hayan perdonado a mí tantos sufrimientos que les causé.

Tú no sabes lo que son problemas

Creo firmemente que si algún día tengo hijos y, como dice mi padre en tono jocoso a día de hoy, Dios me castiga con un niño que me haga *lo mismo que yo les hice a ellos*, yo también le diré esta frase: tú no sabes lo que son problemas. Y es que para nosotros los adultos, enfrascados en cosas tan importantes y urgentes como llegar a final de mes, suponer que tu hijo adolescente vive con más angustia que tú es todo un reto. Pero estoy convencido de que así es.

Recuerdo a mis padres diciéndome cosas como: vosotros sí que vivís bien, yo en tu época... Qué problemas puedes tener tú si tienes de todo... Cómo vas a tener problemas si no tienes obligaciones... etc.

Pues para nada, empezaba esta reflexión diciendo que lo primero que recuerdo de aquella época es la sensación de angustia y así era. Por aquel entonces mi vida estaba como mis hormonas: revueltas. Mi autoestima frágil y en construcción se dolía con cualquier roce en mis relaciones sociales; mi pensamiento empezando a convertirse en el de un adulto, continuamente dándole vueltas a cosas sin importancia; mis éxitos y mis fracasos con el otro sexo dictaban la mayor parte del ritmo de mi vida y mis amigos —y los que **luego descubrí que no lo eran**— los que marcaban mis actuaciones.

En este estado, cualquier cosa era un problema ¿y cuál es la medida de los problemas?, ¿es mayor problema no llegar a final de mes o que la chica de la **que estás locamente enamorado** —como sólo puede enamorarse uno en la adolescencia— no te haga ni caso? Estudiando sociología, me explicaron en una ocasión que un problema es o no es, en función de las circunstancias. Por aquel entonces, para mis padres, los problemas que yo tenía eran cuestiones sin importancia, de adolescentes. Para mí eran problemas **que me hacían llorar, sufrir** —como sólo se sufre por un problema en la adolescencia— y, generalmente, como mis hormonas, dictaban el ritmo de mi vida: eufórico o tirado en la cama sin ganas de vivir.

El tiempo es subjetivo. Cómo explicar a un adolescente esta cuestión sin morir en el intento

Hace poco me veía yo mismo asesorando a una adolescente que tenía problemas parecidos con sus padres y le decía: «No pasa nada si hoy no vas a esa fiesta, otro día irás». Cuando vi su cara, supe que no lo entendía y en ese mismo momento me vi reflejado en ella como en un espejo.

Recordé de golpe a mis padres diciéndome eso mismo a mí años atrás y entendí que el tiempo no es igual para ambas partes. Mientras que para mis padres el tiempo se distribuye en una vida equilibrada —como debe ser— para mí el tiempo era inmediatz. Las cosas no podían esperar... ¿y si yo no estaba en esa fiesta y pasara algo importante?, ¿me lo iba a perder?, ¿y si aquel día no iba con mis amigos y me perdía algo? Lo que yo como adolescente podía perderme no podía recuperarlo.

Y es que es tan complicado hacer coincidir ambas concepciones del tiempo: la inmediatz con el equilibrio. **Yo, en aquel entonces —cualquier adolescente—**, me encontraba construyendo esa idea del tiempo en la que aprendes a organizar tu tiempo en función de las prioridades de una manera organizada y tan propia de un adulto. Pero mientras me encontraba en ese proceso, la posibilidad de perderme cualquier novedad en mi ambiente social, me parecía un motivo para enfadarme, llorar, suplicar... Realmente estoy convencido de que los padres pueden ayudar a su hijo adolescente a construir esa percepción adulta del tiempo, pero es necesario que entiendan que su hijo no la tiene, la está construyendo y la **importancia que tiene para él** o ella la posibilidad de perderse cualquier hito en su vida social. Sólo desde la posición de saber y respetar ese sentimiento, creo podré algún día ayudar a mis hijos cuando pasen por esta etapa.

Salir de marcha. El problema

Éste es el gran problema que suele separar a padres e hijos durante la adolescencia.

El que me distanció a mi de mis padres: la vida nocturna.

Mientras yo me moría por salir de fiesta con mis amigos, alcanzar ese que se me antojaba el peldaño final de mi adultez: salir y volver a la hora que yo decidiera —iluso de mí, pensaba que la adultez era mucho más simple—. Mis padres se morían justo por lo contrario, que no saliera de marcha o acortarme los períodos que pasaba en tan «peligroso» ambiente: la crónica de una muerte anunciada.

Creo que aquí hay dos cosas que entender; en primer lugar, está el tema de las percepciones. Para mis padres, el mundo nocturno era un mundo oscuro, lleno de peligros y donde no podía pasar nada bueno. Nada más lejos de la realidad. Yo, como miles de jóvenes en este país, salía a hacer botellón: beber mientras charlaba con mis amigos. Y después a algún bar o discoteca donde trataba de relacionarme «socialmente» lo máximo que podía o me dejaban. Y es que por más que se empeñen los telediarios en mostrarnos los horrores del botellón y las brutalidades que hacen los jóvenes en ellos, siento decepcionar a mis padres, pero yo no he visto ningún botellón como los que echan por la televisión: en primer lugar, no **todos nos emborrachamos en ellos** —a veces sí, pero el que esté libre de **pecado que tire la primera piedra**— y, por supuesto, yo en toda mi experiencia de salidas nocturnas —**que puedo acreditar es amplia**— no he visto jamás un «coma etílico». Por las imágenes que aparecen en la tele, parece que todo el que participa en un botellón llega a este estado sí o sí.

Es decir, creo que mis padres estaban **asustados por algo que no conocían** —o que conocieron en su época, lo cual **no tenía nada que ver con la mía**— y lo que no se conoce se teme mucho más de lo que se debe.

Por otro lado, está el tema de la delicada línea que supone la vida nocturna. Por un lado, yo debía conocer los peligros de la noche para poder evitarlos, para poder afrontarlos, para poder eludirlos, pero mis padres trataban de coartarme toda posibilidad de experimentación. ¿Cómo iba a conocerlos para evitarlos?

Relativo a esto, recuerdo el tema del «toque de queda», cada viernes noche la misma pregunta: «Papá, mamá, me voy, ¿a qué hora vuelvo?». La misma respuesta: a las tres.

Lo que no sabían mis padres era que probablemente la hora más peligrosa de vuelta a casa era justo esa, las tres. Era la hora en la que recién terminado el botellón, nos íbamos a los bares y pasábamos cierto tiempo allí. Mientras que yo tenía que volverme sólo, por las calles oscuras, mis amigos estaban dentro, en el bar, a salvo. Si me hubieran dejado más tiempo, muchas noches me habría vuelto en el momento más seguro de toda la noche: cuándo todos mis amigos volvían, en grupo, a sus casas.

Por otro lado he de ser honesto y decir que tras un tiempo, cansado de escuchar **siempre la misma hora: las tres**, adopté por empezar a volver cuando quisiera, me costaba discusiones con mis padres. Pero era mi decisión: pensada y meditada. Y al final, mis padres se rindieron a la evidencia. Todavía hoy recuerdo la respuesta de mi padre a la pregunta de siempre: *ven a la hora que quieras, para qué te vamos a decir hora si vuelves cuando te da la gana*.

El otro tema que tiene que ver con la vida nocturna es, a mi juicio, el más crucial de todos, el que tiene que ver con la responsabilidad y que trataré en el apartado siguiente.

Alternativa para adolescentes. La responsabilidad

Sintetizando, creo que el pilar básico que aglutina todos los problemas **que yo tenía con mis padres** —y ellos conmigo— era la confianza.

Cuando algún adolescente ha venido estos años a pedirme consejo por problemas con sus padres: algún sobrino, algún primo, alguna hermana... Siempre les digo lo mismo: ¿de verdad, en el fondo de tu corazón, crees que tu padre o tu madre quieren hacerte daño, quieren hacerte sufrir? Eso es imposible. A continuación trato de darles, a mi juicio, el consejo más valioso que yo, por mi experiencia, puedo darles: gánate su confianza. Tan fácil como eso.

Y es que ¿cómo no entender lo que mis padres sufrieron conmigo? Me veían crecer, reclamar cada vez más autonomía y eso da tanto miedo para unos padres. ¿Y si le pasa algo? ¿Y si lo dejo salir y le pasa algo? ¿Y si lo dejo montar en moto y tiene un accidente? ¿Y si no le impido juntarse con esa gente y acaba probando las drogas?... Muchos «ysis» para un padre o una madre que te quieren como sólo quieren los padres.

Por eso suelo decirles a los adolescentes que han de ganarse con cada día, con cada oportunidad, la confianza de sus padres. Demostrando que son responsables. Trataré de explicarme: si mis padres me hubieran dejado salir a una fiesta la primera vez y yo hubiera vuelto borracho, o hubiera tenido cualquier problema, a los ojos de mis padres no habría sido responsable. Luego esa confianza empieza a resquebrajarse. Pero si cada vez que mis padres me dan una oportunidad para demostrar mi responsabilidad ven que la cumplo, que vuelvo sano y salvo, que no ocurre ningún problema, esa confianza se va reforzando y ese proceso «anormal» que es ir consiguiendo cada vez más autonomía por parte de un adolescente, se va convirtiendo en «normal». Una situación normal no es tensa ni problemática.

Así que una reflexión para los adolescentes:

Si yo como adolescente quiero reclamar salir más a fiestas o negociar con mis padres la hora de vuelta a casa, lo que tengo que hacer, en primer lugar, es cumplir, tener algo con que negociar, ser responsable: *papá, mamá, este curso he aprobado todas y he sacado buenas notas, así que quiero que entre todos acordemos ampliar mi horario de salidas*. Pero yo tengo que ser el primero en cumplir. Demostrarles a mis padres que soy responsable. Sólo desde ahí se puede negociar y acordar.

Y, por último, una reflexión para los padres y madres:

Si mis padres jamás me hubieran dado la llave de casa, jamás podría haberme responsabilizado de no perderla, pero al mismo tiempo, ¿si no la hubiera perdido habría aprendido lo importante que es no perderla?

Poema: A mi padre

Pedrito Bueno o Pedro Bueno Junior

Buen amigo de mi hijo, un semiadulto con el que puedes discutir de temas profundos. Inquieto. Viajero incansable. De los que vuelve de sus viajes con ese brillo de entusiasmo en los ojos que dice «¿cuándo es el próximo?». Poeta (como muestra su aportación).

Olor a sal marina,
bigote manchado
de restos de un día
rodeado por un tú.
Olor a sardina
en manos trabajadoras,
que reciben a sus hijos
después de la rutina.
—Llegas tarde. Buenos días *Periquete*
—Buenos días *Santiamén*.
Buen plato y buen descanso
sobre lecho anaranjado,
toques de marrón,
un Morfeo soñador.
—Llegas tarde papá.
—Ya voy, gracias hijo.
Tarde movida
de duro trabajo,
la barriga suena
y *tu Virgi* te espera.
—¡Ya está aquí mi gordo!
¡Y la puerta ni está abierta!
Habitáculo volcánico.
Ni la espera de Penélope
durante varios años,
se hace tan intensa
como la intensa tarde.

—Busca una peliculita, que ya voy yo cenando.

—Yo te espero chato.

Escena contemplada
por fruto de este amor,
de caricias y desvelos,
de eso no sé yo...

Y tan sólo comprendo
que en esa figura
se encierra un amor
que durará, y dura.

Ahora lo entiendo...

Ángel Castro Vázquez

Licenciado en Sociología y doctor en Psicología. Profesor de la Universidad de Zaragoza en Teruel. Amigo agradecido y servicial. Siempre de buen humor, incluso cuando las circunstancias no acompañan. Conferenciante, escritor. Preocupado por el mundo que le rodea, con inquietudes siempre, dejando las críticas para otros y centrándose en encontrar soluciones. Es un hombre tranquilo de los que me resiste a creer que le diera problemas a sus padres (aunque seguro que me equivoco). Conversar con él siempre te aporta interesantes puntos de vista, como cuando uno lee su carta.

Queridos papá y mamá:

Ya hace algunos años que pasé la adolescencia, más de los que a mí me gustaría. Hace más tiempo que pasé la pubertad, con sus cambios físicos, pero menos que pasé la adolescencia, con sus cambios sociales. Resulta que en este tiempo me he dado cuenta de cómo es ese proceso, largo, duro y difícil, para mí, pero también —mucho— para vosotros.

Leo en los libros que la adolescencia es una etapa turbulenta en la vida de las personas; que todos los cambios (físicos, intelectuales, personales, emocionales, sociales) tienen su efecto en la forma de ser y de comportarse. Leo que es una época de altibajos, de rebeldía, de incomprendición, de falta de comunicación, de idealismo, de sentirse observado, de estar continuamente actuando delante de la gente. Y ahora lo entiendo.

Ahora lo entiendo. Entiendo que en la adolescencia se es muy egoísta, que no se piensa en la gente de alrededor, sobre todo en tus padres, que se es muy injusto con ellos, que nunca te pones en su lugar, que puede ser que ellos también estén pasando por las vicisitudes de la vida, a la vez que queman etapas de ésta. Pero ellos, mientras, hacen por entenderte a ti, por lo menos te aguantan, mientras que tú les premias con evasivas, cuando no con silencio.

Ahora entiendo que me comporté mal en muchas ocasiones, que te sientes —y te quieras sentir— como una persona mayor, pero no dejas de ser un niño —un niñato—, que sólo te acuerdas de tus padres cuando tienes un problema, para que te lo resuelvan, que les castigas con malas caras, malas actitudes y con pocas o ninguna palabra. Ahora

lo entiendo.

Ahora lo entiendo. Aunque no, no lo entiendo. Cuando eres adolescente te crees invencible, a ti no te pueden pasar las cosas malas que se ven en los periódicos y en los telediarios. Por mucho que te adviertan tus padres, por mucho que te lo digan en el colegio, esas cosas no te van a afectar a ti, que eres tú, ni a tus amigos, precisamente por eso, porque son tus amigos y los quieres. Y tus preocupaciones no son la enfermedad ni, por supuesto, la muerte. Tus preocupaciones son mucho más mundanas: estudiarte el examen de Historia del día siguiente, que esa niña que te gusta te haga un gesto, que ganes el partido del sábado, o que tu equipo de fútbol gane, por fin, la Copa de Europa. Por eso, cuando te toca tan de cerca la enfermedad y la muerte, de uno de los tuyos, con el que compartías tantas cosas pocas semanas atrás, tu vida da un vuelco, todo cambia, te das cuenta de que hay cosas mucho más importantes por las que preocuparte, y te da miedo, porque eres vulnerable, ni mucho menos invencible.

Desde luego que no lo entiendo por qué. Aprendes a vivir con ello, pero no lo entiendes. Y te da miedo. Y aprendes a recordar con una sonrisa a aquellos que se fueron, pero no terminas de entenderlo.

Pero la vida sigue y la adolescencia también, con sus dosis de alegría y dolor, con sus repentinos cambios de humor, con su falta de comunicación y sus incongruencias, con sus ganas de ser mayor —para unas cosas— y su deseo de ser un niño —para otras—. La vida sigue y la adolescencia acaba. Y tienes que tomar decisiones —y ése es uno de los momentos en los que te gustaría seguir siendo un niño—, pero no sabes si estás preparado para tomarlas: qué vas a estudiar, dónde, cuáles son tus ideas, cómo quieres hacerte mayor, a qué quieres dedicarte en el futuro, cómo quieres vivir. Y la vida pasando, casi sin darte cuenta, contando los días para que acaben los períodos de exámenes, o para que llegue una fecha señalada. Sin darte cuenta de que la vida sigue pasando, de que lo que se fue ya no volverá y de que, de alguna manera, la adolescencia no fue una época tan difícil y dura como algunos dicen. Que sí, que te pasaron cosas, que sufriste, que te identificas con esas cosas que ponen los libros, pero que pasó y pasó bien.

Y, afortunadamente, esa vida que va pasando, te da la oportunidad de reconciliarte, no con vosotros, los padres, porque vosotros siempre vais a estar ahí para un hijo, sino contigo mismo. Y te da la oportunidad de expresarlo, de agradecerlo, de escribirlo en unas líneas, de que quede para siempre guardado en la memoria de los que te quieren. Te da la oportunidad de ser feliz, con los altibajos que tiene la vida, pero con la satisfacción de saber que te depara más cosas buenas que malas.

Y ahora te das cuenta, ahora lo entiendes, quizá haya que pasar por lo anterior para llegar a lo que tienes hoy.

Espero que esta reflexión pueda servir para que los adolescentes actuales —y sus padres— se apliquen el cuento y sepan a qué atenerse. Para que sean rebeldes y progresistas —si no lo son ahora, ¿cuándo lo van a ser?—, para que piensen y sientan

que otro mundo es posible y que está en sus manos cambiarlo, para que hagan cosas — de adolescentes —, porque ese tiempo no volverá. También deben saber que la vida te da golpes, de vez en cuando, para que no te confíes ni te creas que todo es de color de rosas, pero, sobre todo, para que sepan, para que entiendan, tarde o temprano, que sus padres les quieren y les apoyan, como yo lo tengo claro.

Muchas gracias por habérmelo hecho ver y por la paciencia mientras yo me daba cuenta. Mucho ánimo, a los adolescentes y a sus padres.

Después de la tormenta...

Miguel Fernández Serrano

Mi hijo y, por tanto, mi maestro como padre. Inquieto. Adolescente en proceso... en traumático proceso. Cuando era pequeño, ante su incesante actividad, algunos bromeaban conmigo afirmando que mi hijo era el «mejor anticonceptivo»... porque se te quitaban las ganas de tener otro, pues con éste tenías todo el tiempo ocupado. A veces me sorprende con un pensamiento agudo que me baja los pies al suelo. Otras es un abrazo lo que me llena. Es un iceberg: muestra poco para lo que esconde.

Papá, mamá:

Escribo esto ya no para pedir perdón, sino en agradecimiento a vosotros, mis padres.

Vosotros que tanto me habéis dado, entre otras cosas la vida, algo que jamás podré devolveros, también todas las cosas que los dos me habéis enseñado y tantas que habéis pretendido enseñarme pero yo como cabezota sobelotodo he rechazado.

Gracias a vosotros soy todo lo que soy, no gracias a mis amigos ni nada de eso. Me habéis enseñado tantos valores que hoy en día son mis virtudes que contrarrestan mis grandes defectos... cómo tomar decisiones correctas, y apreciar la vida de un modo que pocos de mi edad saben verla así, vosotros que tantas miles de veces me habéis cogido de las riendas y me habéis devuelto al camino correcto de cualquier forma... Son cosas que yo nunca he dejado ver porque por suerte o por desgracia soy un orgulloso.

Ya a punto de cumplir la mayoría de edad, soy consciente de que os debo todo. Que todos esos viajes tan impresionantes, lugares que pocos conocen a mi edad, a los que casi siempre yo no he querido ir, pero vosotros me llevasteis; todas esas actividades o grupos a los que apuntasteis sin yo querer, y que ahora agradezco, y han hecho de mí una persona con grandes diferencias de los de mi edad.

También debería pedir disculpas por los desengaños que os habéis llevado, esos berrinches, decepciones y vergüenzas que por mí habéis pasado.

Sé que un niño como yo es difícil de tratar, educar y controlar, pero ya casi lo habéis conseguido.

Nunca he conocido tanta paciencia y destreza a la vez.

Siempre me enseñasteis a ser educado y agradecido con los demás, pero hicisteis mal, porque con vosotros no insististeis tanto y sois más importantes vosotros que los

demás.

Gracias por todo, por vuestra confianza, paciencia y demás cosas que han hecho de mí la personilla que más o menos soy.

Sé que os sentís muy mal por no haberme podido dar un hermano, pero no pasa nada, he tenido siempre mis buenos amigos y os he tenido a veces como hermanos, y también a «Golfo».

Buenas personas, buenos amigos, muy buenos hijos y sobre todo buenos padres (Los Mejores).

Grandes hormigas que habéis cuidado de vuestro hormiguero muy bien. Y no os preocupéis por esta medio cigarra-medio hormiga, porque cada vez es más hormiga.

Os quiere y os querrá siempre.

Vuestro hijo

Miguel

Cartas de dos alumnas del IES Ben-Al-Jatib

Los dos siguientes trabajos han sido realizados por un par de alumnas del IES Ben-Al-Jatib de la Cala del Moral (Málaga) gracias a la colaboración de uno de sus profesores, Francisco Espadas, quien, muy acertadamente, y según sus palabras, «les propuse la tarea a quienes la necesitaran y les apeteciera, no a quienes escribieran mejor o peor». Son auténticas, llenas de vida, quizá de rencor por unas circunstancias ante las que se revelan. Creo que en ellas se reflejarán muchas chicas de esa edad. Es preciso agradecer el valor y la sinceridad que han mostrado sus autoras.

Carta I

Queridos mamá y papá:

Me dirijo con «queridos» aunque ahora os vea como rivales/enemigos y nuestra relación sea mala, porque realmente es así. Sé que lo que hacéis lo hacéis con las mejores intenciones del mundo y que sin vosotros yo no sería nada. Sois vosotros los que me habéis puesto en estos 16 años que tengo ahora y que espero seguir muchos más con vosotros y salgamos de ésta juntos.

Hasta hace un par de años todo iba sobre ruedas, pero la cosa cambia cuando empiezo realmente en la adolescencia, cuando empiezo a encontrar apoyo en los amigos (no verdaderos porque los verdaderos amigos te dicen la verdad y no lo que quieras oír, pero en fin), cuando quiero salir más, cuando en grupo todas somos «valientes» aunque lo que buscamos es el protagonismo por ser «la mejor», y cuando nos sumergimos en el mundillo tan curioso del amor. Supongo que como todas las de mi edad «tonteamos», porque así lo llamamos, y no lo podemos negar ninguna de nosotras, con los niños, y vosotros nunca fuisteis pasivos (pasotas) en eso, al contrario demasiado pesados. Pero en realidad estas historietas han transcurrido pacíficamente al mirarlo desde lejos, pero al llegar a mi novio (aunque digáis amiguito para mí es mi novio y lo será mientras así lo decida yo) todo se ha complicado. Una relación que vosotros no aceptáis en ningún momento, de ninguna manera, por motivos «lógicos», según lo miremos: lógico por el lado de que lo que sabéis de él no es bueno, y siendo mis padres es normal que no dejéis pasar el tema, e ilógico, porque él ha cambiado y la imagen que tenéis de él no es la actual y como no queréis saber nada de él, no me dais ni le dais la oportunidad de que

veáis que él no es como pensáis. Si lo fuese, yo creo que soy suficiente mayorcita como para saber a la persona que tengo y quiero tener a mi lado. El lado que conocéis de él es malo ¡si hasta él lo reconoce!... Chico que fuma porros, que no estudia, que se lleva mal con los padres, etc. Creo que siendo mis padres ninguna otra persona va a poner más interés que vosotros en la persona con la que quiera estar, y es comprensible pero a la vez quiero que vosotros me entendáis a mí y os pongáis en mi lado. —Quiero estar con una persona pero no puedo. —¿No puedes? ¿Quién dice eso? —me dicen amigas, algún profesor que otro y madres de amigas. —Sí, no puedo, no quieren. Y para evitarlo me impiden salir o donde ellos crean que me lo podré encontrar —les digo. Creo que eso es inhumano o casi. ¿Quién le va a negar a una persona que no puede estar con otra?, ¿por qué?, ¿creéis que tenéis derecho?, ¿pensáis que es justo?, ¿me equivoco yo?, ¿o vosotros?

Como yo os digo y os repito otra vez, en mi concepto de padres (seguramente cambie cuando yo sea madre) entra la obligación pero más bien los acuerdos. Me podéis decir: nena ven a las 11:00 o nena no te compro la moto, porque el dinero y la decisión es vuestra, pero, ¿cómo me vas a decir «no estés con ése»? ¡No estés con una persona! Creo que ahí os equivocáis. Aunque lleve con el 5 meses y tal vez sea por cabezonería ya, supongo que vendría bien y sería lo ideal que reconocierais vuestro error. Tanto vosotros como yo. Como en este caso el vuestro es negármelo o impedírmelo. He de reconocer que ahora no confiáis en mí porque yo os he mentido para estar con él y en unas malas circunstancias familiares por las que estábamos pasando. A lo mejor por eso os a dolido más, pero no lo veáis como que os engañaba sin compasión. Yo quería estar con él y vosotros me lo impedíais. De alguna manera era la forma de conseguir lo que quería aunque del peor modo. Yo no iba a dejarle. ¿Qué le digo?: «Oye, que te dejo porque a mis padres no les gustas (!?!?!»). Supongo que os puede gustar o no gustar pero no hacerlo de esta forma. Ahora que nos encontramos en este lugar tan perdido espero que salgamos, pero está claro que con cabezonería por vuestra parte y por la mía no llegaremos a ninguna parte. Que si, como vosotros decís, no me conviene o no es para mí o ya veré cómo me hace sufrir, espero equivocarme y que no sea así pero si tiene que ser así que lo sea. Espero comprobarlo yo misma. Dicen que es mejor arrepentirse que no probar. Aprovecho para hacer lo que no hacemos muchas en el día a día. Daros las gracias por todo y os pido perdón por todo lo que os haya causado daño porque el fin vuestro imagino que será conseguir que sea una «muchacha de bien», pero las formas o el camino que nos toca seguir es difícil y costoso, y tiene sus más y sus menos, porque teméis que me meta en otros y los vaya caminando hasta que sea tarde y no encuentre la salida.

ALBA ESCAÑO

Carta II

Mamá, qué decirte...

Realmente no te has comportado como una madre. Trataste de alejarme de mi padre y me convenciste de que era él quien no quería verme. Poco a poco, y a medida que crecía, empecé a odiarlo, pero todo fueron engaños.

Pensarás que me educaste y jamás lo hiciste, que si hice lo que hice es porque nunca me comporté como una persona normal. Siempre fui diferente y estoy orgullosa de ello.

Trataste de hundirme, me convenciste de que el problema era mío y en cuanto te libraste de mí, no tardaste ni cinco segundos en enfrentar al resto de la familia contra mí.

Seré sincera: aún existen los lazos madre-hija. Viví mis dieciocho primeros años de vida contigo y será difícil olvidarlo, pero con tu comportamiento haces que te odie más y más cada día. No te tengo y jamás te tuve.

Ahora que vivo con mi padre me doy cuenta del infierno que he pasado, y mi padre y yo quizás no nos conozcamos lo suficiente, mas me trata como debe ser una familia.

Reconozco que hice muchas cosas incorrectas, que no nombraré. Reconozco que hice mal, mas no te pediré perdón porque todo lo que hice fue por alejarme de ti. Tú también cometiste errores, que fueron los que me incitaron a cometer los míos, pero jamás lo has reconocido. ¡Te crees perfecta!

Estudiaré y conseguiré mi camino gracias a mi esfuerzo y al apoyo real de mi padre. En cambio, tú seguirás en el mismo agujero donde te dejé.

AINHOA IGLESIAS MARTÍNEZ

Despedida

Salvador Ramírez Berenguer

Bajo esa «colección» de tatuajes y de ese *look* de «hijo de la anarquía», se esconde un alma sensible y creativa que se le escapa en sus fotografías, cuando toca su guitarra o cuando escribe. Esa alma que, a sus treinta y tantos años sigue conservando trocitos del adolescente que fue. De humor inteligente y reflexivo, deportista (aunque su escuálida figura nos vuelve a engañar) y lector incansable.

Acaba de perder a su padre, con el que le unían sentimientos casi infantiles y que era a la vez su modelo de vida y su amigo. A los adolescentes que lean esta carta les aconsejo que no esperen a encontrarse en las mismas circunstancias para decirle a sus padres todo lo que sienten.

La memoria es el consuelo de los necios, dicen. Resulta fácil entenderlo cuando hay más para olvidar que para recordar, cuando lo que se deja atrás se clava dentro, cuando mirar hacia atrás se convierte en una carretera plagada de púas. Permíteme que hoy lo niegue y lo contradiga, permíteme decirte, papá, que si algo me hace feliz y llena todo en mí es saber que he pasado veintiséis años con un hombre que, además de ser la misma encarnación de la vida, fue mi padre.

Te fuiste antes de lo que deberías, y tuve el privilegio de pasar contigo tus últimas semanas. Tu estoicismo y actitud, tu fuerza y tu desprecio por el dolor hacen que yo no tenga valor de decir que fue un trance duro, no puedo acordarme de tu marcha sin saber que lo dimos todo en una lucha que nunca supo a derrota. Mermado y cansado, fuiste hasta el último minuto como quisiste ser, un hombre sin más ambición que disfrutar de cada momento como si fuera el último.

Quiso la vida, ésta que tú venerabas, que te fueras a cualquier otro lado demasiado pronto, y aun así siento una extraña y serena paz. Tengo una torre de emociones que ora está a punto de desmoronarse, ora se erige más alta y fuerte que nunca. Y es que en mi juventud, hoy sin mi mano derecha, tengo la inmensa sensación de que he hecho todo lo que un hijo debe hacer con su padre. Reímos, compartimos jarras llenas y las vaciamos, luchamos cuando hubo que hacerlo, nos hermanamos en el dolor y en la dicha, nunca tuvimos la necesidad de nada más que la mutua compañía. Crecí y me enriquecí en ti.

Has dejado un legado inmortal en las personas y en tu ciudad, nadie que te haya conocido puede contar algo de ti sin esbozar una sonrisa, o reír a carcajada abierta. Tu ciudad, tus calles, echarán de menos tu andar pausado y regio, tu mordaz y elocuente

pluma, tu pasión por la fiesta nacional y tu devoción por las personas y las causas más mundanas. Qué demonios, no nos dejarás nunca.

Tú lo sabes mejor que yo, pero a mí personalmente me dejas una vida plena para vivirla como tú me has enseñado en cientos de clases magistrales silenciosas, de las que se imparten con miradas. Me dejas juventud, fuerza y orgullo para vivirla con honor, dignidad, respeto y amor a la vida. Me dejas tu buen nombre, para honrarlo y llevarlo por bandera. Me dejas a tu mujer y a tu hija que son lo que hoy me da sentido, para cuidarlas y quererlas con devoción ciega y desmesurada, siempre y hasta el final si es que existe. Me dejas hasta la imperiosa necesidad de teclear todos los días, con la fidelidad del soldado de infantería.

Me dejas tanto, papá, que no puedo más que saberme un hombre con suerte, pues tengo el privilegio de poder decir que la sangre de Salvador Ramírez Vélez corre en mí. Cuando la vida decida que esté a tu altura y haya más de los nuestros en el mundo ten por seguro que tus nietos sabrán quién has sido. La memoria es el consuelo de los necios, dicen. Deja que hoy sea el más feliz de los idiotas recordando que el mejor hombre del mundo fue mi padre.

Nos veremos, jefe.

Una reflexión a modo de cuento

En un país lejano, en un tiempo sin determinar, lloraba un hombre a la puerta de su casa, mientras entre sollozos se preguntaba por lo que había hecho mal en la educación de su hijo y se arrepentía de ello.

—Si tuviera otra oportunidad... —se decía a sí mismo—, cuántas cosas cambiaría.

En ese momento pasó por allí un desconocido que se paró frente al compungido padre y le preguntó por la causa de sus desdichas.

—He criado a mi hijo lo mejor que he creído y ahora que crece y está a punto de convertirse en un hombre, no recibo de él más que sinsabores y malas contestaciones. Todo le parece mal, nada que se le pide hace.

El extranjero le preguntó qué cambiaría si pudiese.

—Pasaría más tiempo con él —no dudó el padre.

Y a continuación, sin saber cómo, éste se encontró en un tiempo pasado con su hijo de pocos años jugando entre sus piernas.

El hombre dio gracias a Dios por esa segunda oportunidad y se dedicó los siguientes años a estar más con su hijo.

Un día se encontró en la puerta de su casa sollozando por lo que había hecho mal. Apareció de nuevo el extranjero, que volvió a preguntarle por sus desdichas.

—Jugaría más con él —respondió a la misma pregunta que ya le habían hecho años atrás y que volvían a hacerle y, de nuevo, se encontró con su hijo pequeño.

La misma escena se repitió varias veces. «Sería más duro», «le daría una mejor educación en los mejores colegios», «cuidaría de las compañías que frecuente», «le enseñaría un oficio».

Y tras la experiencia, siempre se encontraba con resultados similares.

Finalmente, un día llegó a una terrible conclusión que comunicó al desconocido:

—Soy un fracaso como padre —reconoció con voz cansina y ánimo desfallecido.

El extranjero dibujó una pequeña sonrisa y se acercó al padre.

—Quizá equivocaste el deseo —anunció.

El padre presentó un gesto de incertidumbre que reflejaba que no sabía qué quería decirle.

Entonces, el tiempo cambió y el padre se encontró en un tiempo futuro en el que su hijo trabajaba en el campo de sol a sol, sacando a sus hijos adelante. De nuevo cambió el tiempo futuro y en éste su hijo viajaba por todo el mundo, viendo países lejanos y enriqueciéndose con la sabiduría que adquiría, cirujano, comerciante, casado, soltero, con una familia numerosa, padre de un solo hijo.

Tras un buen rato viendo estos futuros, regresó junto al extranjero.

Estaba extenuado, pero feliz. Miró al que había sido un desconocido y sonrió.

—Parece que no lo hice tan mal —dudó aunque sus ojos mostraban un brillo de satisfacción y seguridad—. Siempre lo hice lo mejor que supe porque me preocupé por hacerlo y todos los futuros de mi hijo, diferentes y con sus dificultades y ventajas, sus carencias y riquezas, son el resultado de mis esfuerzos, sus descubrimientos y decisiones y del resto del mundo. Todos los futuros están bien, y si alguno no lo está, será a pesar de mis esfuerzos. Ninguno es el que yo quería para mi hijo, pero tampoco el mío lo decidí pensando en lo mejor para mi padre.

Se sintió bien, sin una carga que llevaba desde hacía tantos intentos. Supo que, algún día, su hijo se encontraría con las mismas dudas y sonrió mientras pensaba «que te sea leve».

Para terminar

El hombre verdaderamente rico es aquel cuyos hijos corren a sus brazos cuando tiene las manos vacías.

ANÓNIMO

Empecé este proyecto un día que, tras una discusión con mi hijo, con muchas ideas y emociones bullendo en mi cabeza y sin valor para contárselas cara a cara, le escribí una carta y, al día siguiente, para sorpresa mía, me encontré su contestación, llena de ternura, sobre mi escritorio. En esos momentos en los que crees haberte equivocado en toda la educación de tu hijo, aquellas misivas fueron un camino para comunicarnos sin gritos, sin reproches, pensándonos qué decir y cómo decirlo, para decir lo que de verdad queríamos.

Después surgió la idea de compartir con mis amigos, y padres también, este «descubrimiento». Jamás pensé que me encontraría con mis propias inquietudes, mis propios sueños, en palabras de otros, pero mejor escritas. Pilar se unió al proyecto enseguida, evaluando las colaboraciones, aportando las propias, sugiriendo aspectos del orden y la presentación y dando ese toque final (que dicen femenino) sin el que este libro hubiese perdido mucho.

Mis amigos me regalaron con sus secretos, sus vidas íntimas, la relación con sus hijos. Nunca les estaré suficientemente agradecido.

Al final descubrí que a todos nos unía algo: ser padres, con nuestros defectos y con un eterno e infinito miedo por hacer por nuestros hijos todo lo posible como única misión de nuestras vidas.

Gracias a todos los padres que de éste o de otro modo siguen creyendo en la comunicación con sus hijos.

Edición en formato digital: marzo de 2013

© Juan M. Fernández Millán, Pilar Serrano Peña, 2013
© De esta edición: Ediciones Pirámide (Grupo Anaya, S. A.), 2013

Director: Francisco Xavier Méndez

ISBN ebook: 978-84-368-2897-9

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L.

www.edicionespiramide.es

1 Quiero dejarles claro a mis padres que no podían ser perfectos. Creo que sólo en esta época y en estos aspectos son en los que no han estado ahí. Para todos los demás momentos de mi vida han sido los primeros en estar cuando los he necesitado y sé que estarán ahí todas las demás veces que los necesite. Desde aquí, mil gracias.

Índice

Agradecimientos	6
Prólogo: La vida misma	7
Introducción	10
Parte primera. Intentando comunicarse con nuestros hijos	12
Para empezar	14
¿De qué me hablas?	16
Sobre las drogas	18
El ejemplo más cercano	19
Confianza	20
Creer es voluntario; respetar, una obligación	22
Esperando la selectividad	23
Mañana... qué será de ti	24
Sobre las drogas II	26
Caerse y levantarse	29
Engaños	31
El abandono del nido	33
Generaciones, el paso del tiempo	36
Carta a la hija adolescente que nunca he tenido	39
Carta a mis hijos	42
Amor-exia	45
Érase una vez...	50
Preguntas de niños	52
Poema	59
Yo también aprendí	62
Viaje al futuro	64
Ausencia	69
Parte segunda. Ellos también escriben	71
Carta I	74
Carta II	75
Carta III	78
Papá, mamá... no lo entendéis... quiero vivir la vida	80
Poema: A mi padre	86

Ahora lo entiendo...	88
Después de la tormenta...	91
Cartas de dos alumnas del IES Ben-Al-Jatib	93
Despedida	96
Una reflexión a modo de cuento	98
Para terminar	100
Notas	102
Créditos	101